



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. 14 ptas. al año.
 En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. 20 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.

No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.

Los números sueltos se venden á 75 centimos.
 Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Archipiélago de los Navegantes:* Historia de la Misión.—Estado actual.—Iglesias.—Los Hermanos y las Hermanas.—Los catequistas.

Méjico: Una peregrinación de tarahumaras.

Sierra Leona: La guerra en Sierra Leona.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS (*continuación*).—Respecto á la santidad de su vida privada.—Causa fundamental de la insurrección, y quiénes son los culpables de ella.

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—II, El primer Mártir del Tonkín.—Persecuciones.

EN SYDNEY.—VI, Sydney, centro de apostolado para toda la Oceanía.

EN LOS RÍOS DE MONDA.—II, En el río.—III, en la villa.

EL CONVENTO DE LA CANDELARIA.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN LA PROVINCIA DE SANTA FE.—VIII, Magisterio espiritual.—IX, Bendición de San Antonio de Obligado.—X, Confirmaciones.—XI, Prosecución de este templo.

CRÓNICA.—España.—Roma.—Filipinas.—Lyón.—China.—Pondichery.—India.—Noticias varias.

VARIEDADES.—El Etna.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

GRABADOS

ILMO. PEDRO BROYER, marista, vicario apostólico del Archipiélago de los Navegantes.

ARCHIPIÉLAGO DE LOS NAVEGANTES.—Catedral de Apia.

GABÓN.—Río Ntsini.
 — Monda.—Makendjé.

R. P. CAYETANO FERNÁNDEZ, prior del convento de Padres Agustinos de la Candelaria (Colombia).

MONASTERIO DE SAN MILLÁN DE LA COGOLLA.

LA CARIDAD CRISTIANA EN LA GUERRA.

CONVENTO DE PADRES AGUSTINOS EN COLOMBIA.

UN BOSQUE EN EL ETNA.

LEA

O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación).

—Tengamos calma, dijo Cornelio; ¿quién sabe lo que nos reserva el día de mañana? Tus esclavos nos anuncian la cena; vayamos á hacer nuestras abluciones, y olvidemos esos discursos.

La cena no fué larga, ni alegre; y al despedirse Cornelio, su amigo le estrechó la mano diciéndole:

—Si muero, serás el tutor de mi querida nieta; pero ten presente que no quiero que sea cristiana. Es mi voluntad expresa; cuento contigo.

IV

LA PROCLAMACIÓN

Próximo á la plaza de Trajano, cerca de la columna del gran Emperador que venció á los dacios y á los partos, elevábase la vasta basílica Ulpiana (1), situada entre dos bibliotecas públicas que encerraban los tesoros de la venerable antigüedad. En aquel sitio había Constantino convocado al Senado y al pueblo romano.

Constantino había vencido á todos sus enemigos: Licinio, uno de ellos, acababa de cederle la púrpura y de saludarle como su señor y soberano. Reinaba solo en el mundo, y este mundo lo consagró á Dios. Fué, pues, un día solemne aquel en que cristianos y paganos se reunieron en el inmenso edificio elevado á la memoria de Ulpiana.

Constantino, seguido de sus oficiales y apoyándose en su hijo Crispo, adolescente de amable semblante, entró en la basílica y ocupó un sitio en el ábside, sentándose en una silla de marfil reservada al magistrado. Paseó una tranquila mirada sobre la asamblea, hizo una señal con la mano indicando silencio, y dijo:

«Senado, patricios, cónsules, caballeros, pue-

(1) Las basílicas, palabra que en lengua griega significa *casa real*, eran en Atenas el lugar en que el arconte ó magistrado administraba justicia: igual destino tuvieron en Roma, y se dió aquel nombre á las iglesias cristianas que imitaron también su arquitectura.

blo romano, os he reunido en este recinto para manifestaros mis designios, deseando de lo íntimo de mi corazón que vuestros deseos y vuestras voluntades sean conformes á las mías. Las funestas divisiones de los espíritus no pueden tener término feliz mientras un rayo de la pura luz de la verdad no ilumine á los que están rodeados de las tinieblas de una profunda ignorancia. Es preciso, pues, abrir los ojos de las almas y renunciar al error de la idolatría. Abandonemos esta superstición que ha tomado origen de la ignorancia y que ha sido nutrida por la sinrazón. ¡Que el Señor Dios, único verdadero, que reina en los cielos, sea verdaderamente adorado! ¡A Él solo honor y gloria!

«En cuanto á Nos, puesto á la cabeza de este Imperio, queremos que sepan todos que hemos abjurado el error del Paganismo, mediante los auxilios de Jesucristo, nuestro Dios. Y para no entreteneros con un largo discurso, vamos á declarar en breves términos lo que creemos deber disponer.

«Queremos que los templos sean abiertos á los cristianos, de manera que los pontífices de la ley cristiana gocen de los privilegios conferidos á los sacerdotes de las iglesias.

«Para hacer conocer á todo el universo que humillamos la cabeza ante el verdadero Dios, ante el Cristo, hemos resuelto construir en su honor una iglesia en el interior de nuestro palacio. Así probaremos al mundo entero que no ha quedado en nuestra alma ni un vestigio de duda, ni un resto de nuestros pasados errores.»

Estas últimas palabras las pronunció Constantino con clara y vigorosa entonación.

Un ruido como de trueno resonó en aquel momento en la inmensa basílica. Era la voz de los cristianos, que clamaban á un tiempo:

—¡Infelices los que niegan al Cristo! ¡No hay más Dios que el Dios de los cristianos! ¡Ciérrense los templos de la idolatría, abranse las iglesias!

Los cristianos repetían estas aclamaciones con entusiasmo creciente, mientras los senadores, dominados por una tristeza hostil, bajaban

CORRESPONDENCIA

ARCHIPIÉLAGO DE LOS NAVEGANTES (Oceanía)

Historia de la Misión.—Estado actual

El vicario apostólico de las islas Samoa en el archipiélago de los Navegantes, Ilmo. Broyer, marista, complácese en dar á conocer á nuestros lectores la historia del lejano archipiélago que la Santa Sede ha confiado á su gobierno. Comparando épocas pasadas con la actual, esta interesante relación hace concebir hermosas esperanzas, cuya realidad guarda el porvenir como premio á la abnegación de los misioneros.

I

LA Misión de Samoa fué fundada en 1845 por el ilustrísimo Bataillón, apóstol de Wallis, compañero del Bienaventurado Chanel.

Dos misioneros quedaron en el archipiélago, los Padres Violette y Roudaire. Desgraciadamente para el bien moral de estas islas, los ministros protestantes contaban ya once años de residencia en ellas. Durante este tiempo habían propagado sus vulgares calumnias contra los católicos, logrando produjeran sus naturales efectos, uno de los cuales fué que cuando el P. Violette pisó tierra en la isla Savai los indígenas emprendieron precipitada fuga. Hacía largo tiempo que en sus oraciones obligábaseles á pedir por «el naufragio de los papistas, si jamás intentaran desembarcar en las Samoa.» El cónsul Pritchard, digno émulo de los ministros protestantes, tenía colgado en la pared de su salón un cuadro, en el cual se veía un sacerdote católico armado de fusil con bayoneta calada asesinar á mujeres y niños, cuyo significado complaciase el cónsul en explicarlo á los indígenas. La vista de este cuadro de tal manera irritó al capitán Marceau, que amenazó á Pritchard con ir personalmente á arrancarlo si antes de veinticuatro horas no lo había hecho desaparecer.

El principio de la Misión fué muy penoso. Cuatro años pasó el P. Violette en casa de un jefe que se había dignado recibirlo, negándose empero á convertirse, sin lograr otro resultado que bautizar algunos niños.

Para obtener estos pequeños triunfos veíase obligado todos los días al caer la tarde á presenciar á pocos

pasos de su vivienda infernales danzas, que acompañadas de cantos y presididas personalmente por dicho jefe, prolongábanse hasta las dos ó las tres de madrugada. La paciencia del misionero triunfó: convirtiéndose el jefe junto con su familia, y al poco tiempo el pueblo entero siguió su hermoso ejemplo, y hoy constituye una de las más florecientes cristiandades del vicariato.

En 1850 las islas Samoa fueron erigidas en vicariato apostólico, con el nombre de vicariato de los Navegantes. Bougainville, el célebre marino francés que las descubrió, designólas con dicho nombre, al ver la suma habilidad con que los indígenas gobernaban sus piraguas. Hasta el año 1858, pocos en apariencia fueron los progresos del Catolicismo: los misioneros debían con su paciencia, dulzura y abnegación derribar el muro enorme de prejuicios y calumnias que los separaba de los indígenas. En 1858 empieza su apostólica vida un misionero apellidado con razón el «misionero del Samoa:» me refiero al P. Elloy, llamado al breve tiempo Ilmo. Elloy.

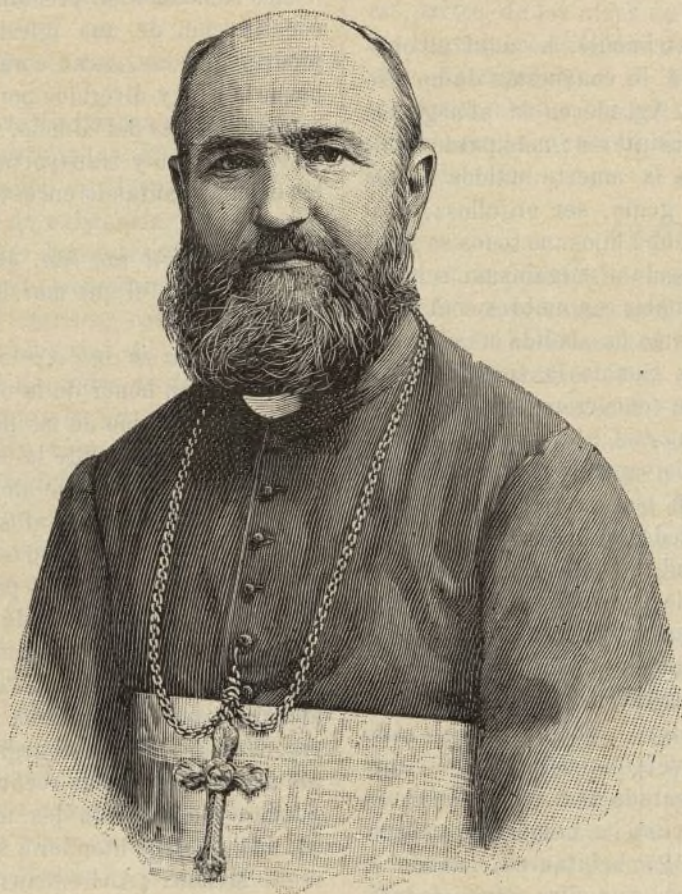
En pocos años venció las numerosas dificultades del idioma, y adquirió la perfección de lenguaje que tanto aprecian los oradores indígenas. Sostuvo públicas discusiones con los ministros protestantes, y sus razones lograron convencer á muchos de los concurrentes, que abrazaron la Religión católica. Dotado de un celo sin límites, consagró su vida entera al bien de las almas. No pocas veces impidió el derramamiento de sangre, y agradecidos de ello los

indígenas llamáronle «salvador del Samoa.» Inteligente administrador, á la par que celoso misionero, adquirió en Apia considerables extensiones de tierra, donde quería levantar las escuelas de las Hermanas, de los Hermanos, y un colegio de catequistas. La Misión hacía rápidos progresos cuando su prematura muerte y las continuas guerras civiles detuvieron tan consolador movimiento. Transcurrieron varios años, durante los cuales los misioneros no pudieron hacer otra cosa que conservar las posesiones adquiridas.

II

Hace algún tiempo que parece vuelve á renacer tan hermoso movimiento. Al dar cuenta en 1895 del núme-

1 de Agosto de 1898



ILMO. PEDRO BROYER, marista, obispo titular de Polémonium
vicario apostólico del archipiélago de los Navegantes

ro. de nuestros católicos, observóse contábamos mil más que el año 1890. El Catolicismo ha echado en estas islas profundas raíces; los protestantes no se atreven á calumniarnos: la abnegación de que ha dado pruebas, durante veinte años, el misionero católico, ha sido reconocido de manera tal por el indígena, que si á ello se atrevieran no lo aguantaría con calma. Actualmente la táctica de los protestantes estriba en conservar sus adeptos, mostrándoles la facilidad de su religión y las dificultades de la Religión católica. Conceden que nuestra Religión es buena, que es la Religión madre, pues se remonta al tiempo de los Apóstoles; pero, añaden, tiene errores, y muy especialmente prácticas tiránicas, por ejemplo, la que ordena la indisolubilidad del matrimonio.

La indisolubilidad del matrimonio, he aquí el obstáculo mayor que se opone á la conversión de no escaso número de indígenas. Agradecen la abnegación del misionero, admiran su desinterés; mas para seguir sus enseñanzas y vivir hasta la muerte unidos á una mujer que puede tener mal genio, ser orgullosa, desobediente y que tal vez no tenga hijos, no todos se sienten con suficiente valor. Cuando el Paganismo reinaba en estos pueblos, entre sus malas costumbres contábase la poligamia: el Protestantismo ha abolido la poligamia simultánea, autorizando en cambio la sucesiva. Dos jefes fieles protestantes, que concurren todos los primeros domingos de mes á la *cena* ó comunión protestante, han sido casados sucesivamente por los ministros de la secta con seis, siete ú ocho mujeres, todas las cuales viven aún. Para conceder el divorcio estos reverendos, lo hacen con facilidad tal, que da ánimo para volver otra vez. El divorcio, podemos afirmarlo con toda seguridad, lejos de ser un beneficio para estos pueblos, es al contrario la peste que causará su desaparición. En las poblaciones católicas donde la indisolubilidad del matrimonio es ley, la población crece cada día. En Wallis durante los veinte años últimos el número de habitantes ha aumentado de 3,000 á 5,000, sin comprender en esta última cifra las numerosas emigraciones: Nukunonu cuenta 127 habitantes; cuando el reclutamiento de trabajadores, esta cifra estaba reducida á 60; hace de ello 25 años. Estas dos islas son totalmente católicas.

Para hacer frente á este mal de alma y cuerpo, aprobado y confirmado por el Protestantismo, procuramos instruir á nuestros fieles por cuantos medios están á nuestro alcance: catecismo, instrucciones, controversias, de todo nos servimos para dotarlos de la más completa enseñanza. Las meditaciones de la muerte, de la eternidad, del infierno, expuestas en retiro que dura tres ó cuatro días, con lenguaje sencillito, claro, convincente, deja huella profunda no sólo en el corazón de los católicos, sino también en el de los protestantes que acuden á escucharnos. Las sublimes ceremonias de la Iglesia encantan á los indígenas. Todos son músicos. A las tonadas de nuestra patria hemos adaptado letras samoas: cantan, y si han ensayado bien, el efecto que producen es sorprendente.

Iglesias

Para la celebración de las ceremonias y cantos religiosos, son menester iglesias: preocupación constante del misionero es construirlas lo más hermosas posible. Para lograrlo trabaja, ruega, se impone privaciones, haciendo economías aun en su misera comida. Los neófitos son más perseverantes, si ven en su población levantarse una bonita iglesia. A pesar de las muchas guerras civiles y de los frecuentes ciclones, contamos en el vicariato con quince iglesias, treinta y dos capillas de piedra, y cuarenta y ocho oratorios: estos últimos son casas indígenas generalmente cubiertas de bambús ó de hojas de caña de azúcar.

Los samoanos se prestan gustosos á trabajar en la construcción de una iglesia. Los hombres llevan las piedras gruesas, sacan corales del fondo del mar, para hacer la cal, y dirigidos por uno ó dos albañiles, levantan las paredes del edificio. Las mujeres recogen piedras de escaso peso y transportan arena. Es encantador verlos desfilir cantando encorvados bajo el peso de las canastas:

—*Ai, a gau lou tua*, «temo que no se rompan mis riñones», dice el que marcha á la cabeza; y los demás contestan:

—*Gau pea ia ona o le malemalu o le atua*, «que se rompan en honor de la casa de Dios.»

La construcción de las paredes llegó á su fin. Para terminar esta parte de la construcción, el misionero no tuvo otra dificultad que alentar y dirigir á cuantos trabajaban, pagando á los albañiles: las mayores penalidades empiezan al llegar en este punto de la construcción. Precísale buscar recursos para la techumbre, las ventanas, las puertas: ¿y dónde podrá encontrarlas? ¿entre los indígenas? Darán con la mejor buena voluntad algunos sueldos; pero ello es todo lo que sus recursos alcanzan, pues es tanta su pobreza en bienes de la tierra, como grande su abnegación para levantar un templo al Señor. ¿De sus recursos particulares? pero ¿qué puede economizar de los mil francos, cantidad anual con la cual debe atender á su subsistencia? ¿De la caja de la Misión? ¡Ah! exhausta casi siempre, poco, muy poco será el dinero que pueda proporcionarle. Reuniendo todos los medios enumerados, podrá tal vez cubrir la iglesia y construir un altar de mampostería; pero puertas y ventanas no tendrá otro recurso que cubrirlas con hojas de cocotero, trabajadas por las mujeres católicas; y para el ornato interior réstale esperar el tiempo en que la Providencia le depare recursos. No causará admiración el decir que de las quince iglesias con que, como he dicho antes, cuenta este vicariato, ni una sola está terminada. La catedral de Apia (*véase el grabado de la pág. 341*), principiósse en 1884. Seis años de continuo trabajar, bajo la dirección del P. Didier, fueron necesarios para la terminación de las paredes; después se ha conseguido cubrir el edificio, levantar un altar de piedra, debido á la generosidad de un donante, y colocar cristales en algunas ventanas. Pero las torres, el revoque de las paredes, la decoración interior, colocar en el frontispicio la imagen de la Purísima Concepción, Patrona de la iglesia, todo resta

aún por hacer. Esperamos la terminación de las mismas para celebrar el 50.º aniversario de la Misión, que debió tener lugar en 1895; para lograrla son menester 15,000 francos, cantidad que no poseemos.

La construcción de iglesias es considerada por los misioneros como una de las obras más importantes de la Misión; pero ello no impide que la primera de todas, y á la cual consagran sus mayores esfuerzos, sea la instrucción de los jóvenes. Mucho trabajaron para el establecimiento de múltiples escuelas los Ilmos. Bataillon, Elloy y Lamaze, sin economizar sacrificios ni gastos para propagarlos y mejorarlos. A continuación escribo algunas ligeras indicaciones referentes, no á las escuelas de jóvenes que dirige el misionero en cada residencia, sino á aquellas cuya dirección corre á cargo de las Hermanas, los Hermanos y los catequistas.

Las Hermanas y los Hermanos

En Samoa cuéntanse nueve Hermanas europeas, diecisiete indígenas y tres postulantes. El Ilmo. Elloy fué el fundador de la institución de Hermanas indígenas: veintitrés años cuenta de existencia, y gracias debemos dar á Dios, pues todas han perseverado en su vocación, y muchas han muerto cargadas de méritos y virtudes. Algunas hablan y escriben correctamente el francés. Grandes son mis esperanzas de poder dentro breve tiempo dotar las Misiones todas de dichas escuelas. Las Hermanas van siempre en grupos de tres, viven en comunidad, y cumplen fielmente su Regla. En dos Misiones una de ellas dirige un colegio inglés, lengua oficial de los extranjeros de estas islas. Cada Misión de Hermanas cuenta como mínimum dos escuelas, un externado para niñas menores de quince años, y mayores de siete ú ocho, y un internado para jóvenes de quince á diecinueve ó veinte años. Reunir estas jóvenes es trabajo asaz difícil: menester es la suma habilidad que poseen estas buenas Hermanas, y la elocuencia é influjo del misionero, para lograr que los padres permitan asistir sus hijas á la escuela. No quieren satisfacer pensión alguna: los más generosos creen hacer mucho dando, una ó dos veces al año, un cesto de taros ó de ignames. Alimentación y frecuentemente vestido corren á cargo del misionero y de las Hermanas. Por término medio cada residencia de Religiosas cuenta con veinticinco alumnas internas. Estas, dos veces por semana, trabajan algunas horas en las plantaciones de taros y bananos, y el tiempo que les queda libre lo emplean aprendiendo á leer, escribir, contar, coser, repasar, hacer cestos y arreglar hojas para cubrir las casas; en una palabra, aprenden todo cuanto después deberán practicar. Inútil creo decir que la parte más importante del programa es la instrucción religiosa: consecuencia de esto muchas alumnas saben al segundo año de asistencia no sólo el pequeño Catecismo, sino gran parte del de perseverancia y de la Historia sagrada. La Congregación de Hijas de María establecida entre ellas viene á ser germen de vocaciones religiosas, y proporciona también esposas virtuosas á nuestros catequistas.

El bien que hacen estas escuelas es incalculable; aseguran á las samoanas la perseverancia en la práctica

de las virtudes cristianas: y si alguna vez caen en sus antiguos hábitos, levántanse con presteza, y son reconocidas siempre las que educaron las Hermanas.

Tres Hermanos de la Congregación del V. P. Marcelino Champagnat dirigen en Apia un externado inglés y una escuela para niños indígenas. En 1887, época en que se establecieron, contaban con reducido número de alumnos. Un profesor inglés, pagado por la Misión inglesa, reunía casi todos los niños blancos y mestizos: pronto los solícitos cuidados prodigados por los Hermanos á sus alumnos, la superioridad de su enseñanza, los rápidos adelantos de los discípulos, diéronlos singular popularidad, y hoy, á pesar de la mensualidad algo subida (10 francos), asisten á sus clases las dos terceras partes de los niños de Apia. Cuentan con excelentes Hermanos, dirigidos por el H. Felipe, de Francheville. Acompañale el H. Macario, hijo de la Bretaña y músico excelente. En 1891 organizó entre sus alumnos una charanga, que á los dos años había realizado notables adelantos.

Los catequistas

La obra principal de cuantas en Samoa tenemos es la de los catequistas, auxiliares indispensables del misionero. En la actualidad contamos con noventa y cinco, todos los cuales están ejerciendo su cargo: noventa en diferentes pueblos del archipiélago, y los cinco restantes en la escuela de Vaéa.

Cada misionero tiene un número mayor ó menor de catequistas, según sea el de poblaciones católicas, cuya dirección corre á su cargo; cuando el número de los neófitos pasa de diez es menester un catequista.

Su obligación estriba en dirigir, cuando está ausente el misionero, los actos religiosos del domingo. Hasta quince poblaciones reúne á veces bajo su cargo el misionero, y no puede visitarlas sino una vez cada mes ó cada dos meses. ¡Qué situación para los católicos, neófitos aún, en país religioso por naturaleza, donde se avergüenzan de faltar á las funciones del domingo, y donde se siente invencible horror al nombre de pagano! Acabarían por ser protestantes si el catequista no cuidara del culto.

Además de los actos del domingo, el catequista dirige en alta voz dentro la pequeña capilla la oración de la mañana y de la noche; toca el *Angelus* con la campana de boj; da clase mañana y tarde, enseñando á los niños lectura, cuentas y escritura, pero muy especialmente las oraciones y el Catecismo. Él es quien instruye la mayor parte de los adultos recién convertidos, preparándolos para ser regenerados con las aguas bautismales; visita á los enfermos; dirigeles piadosas exhortaciones, y avisa al misionero en caso de peligro. Prepara á bien morir los moribundos, y si sobreviene la muerte él es quien preside los funerales.

Por la ligera enumeración precedente de los trabajos del catequista, puede deducirse la importancia del mismo, y si es justo emplear por completo nuestra solicitud en conservarlos y aumentarlos. Para hacer frente á los gastos del catequista durante los cuatro años de su

formación intelectual y moral, necesitamos considerable extensión de tierra, donde cada uno de ellos pueda hacer sus plantaciones y construir una casa para habitarla con su esposa é hijos. Esta fué la causa que movió al Ilmo. Elloy á adquirir la colina de Vaéa, situada á 1,500 metros de Apia, cuya población y puerto domina. Una Comisión formada por tres jurisconsultos nombrados por las tres potencias protectoras, nos ha quitado la mitad de este territorio, y la que nos resta es muy de temer cese de producir, agotada como está por abundantes cosechas. ¡Qué porvenir! A continuación copio lo que en Septiembre último me escribió el P. Forestier:

«Tengo hecho voto á San Antonio de Padua, suplicándole nos proporcione el medio de reunir entre las personas devotas y afectas á los misioneros, la cantidad de 25,000 francos, que es menester para adquirir terreno para el colegio de catequistas.»

¿Dejará San Antonio de escuchar esta súplica? Espero confiadamente que no será así. Hermanos, Hermanas, misioneros, todos secundarán mis esfuerzos, y nadie podrá decir que la falta de recursos ha impedido conserváramos y desarrolláramos nuestras obras. La Virgen María, que ha sido siempre amorosa Madre para los Maristas que han venido á la Oceanía, y que quiso fuera yo el primer obispo consagrado en su santuario de Fourvière, no nos abandonará. Ella suscitará almas generosas que nos ayudarán á acabar la iglesia y á comprar terreno donde construir las escuelas. En este templo y en estas escuelas levantadas con sus limosnas, indígenas y catequistas rogarán por sus bienhechores.

MÉJICO

Una peregrinación de tarahumaras

De Sisoguichic el R. P. D. Tomás Rodríguez, misionero josefino, con fecha 25 de Abril escribe:

Hoy llego de Samachigue, donde celebramos una fiesta junto con los tarahumaras, concurriendo á ella un considerable número de gentiles, de entre los cuales bauticé muchos, y con excepción de unos veinte de dos á tres años, fueron la mayor parte desde quince á cincuenta años, siendo en totalidad 147 bautismos; casé 39 de los mismos que bauticé.

Hubo un episodio singular, y fué que un joven de ocho á nueve años, cuando menos me lo esperaba, de una dentellada me llevó las hojas del Manual; cualquiera que le reprendiese era acometido por él: *Tabibréni majaguá*, les decía: No os temo. Al padrino y á la madrina les dió no pocos estrujones; contra mí no hizo movimiento.

Esta vez fui solo, y noté desde luego con qué confianza se me acercaron: les propuse que hiciéramos una peregrinación á nuestra excelsa Madre de Guadalupe en su santuario de Chihuahua, y quedé de acuerdo para el próximo Diciembre, con tal de que yo vaya á la vanguardia. Les dije que para ellos predicaría el sermón en tarahumara, y para los blancos en castellano.

Desearía tener tiempo para hacer una descripción detallada de la hermosura imponente de ciertos lugares

de la barranca: en unas partes el cuerpo se eriza al ver los abismos que hay que descender, y en otras el corazón palpita al verse uno en tan profundas hondonadas, que parece va á quedarse sepultado para siempre; porque si se tratara de retroceder, es imposible hacerlo en un camino sumamente angosto á orillas de un abismo de centenares de piés. Al lado de uno de ellos pasaba yo cuando un caballo pisó en falso, y poco faltó para caer al fondo; pero los indios que formaban mi escolta, á grandes gritos salvaron la situación, y á Dios gracias puedo contarlos.

Un día tuve que hacer la jornada á pie, pues perdí mi caballo. Las peripecias por lo que á la alimentación se refiere, no fueron pocas; pues en el camino de cuatro días, no bajó de quince indios mi acompañamiento. Entre ellos traje á un gentil anciano que hízome su padrino; le regalé un rebozo, camisa y faldas para su mujer, y á él le puse calzones, camisa, pantalón y levita por añadidura, y se fué contentísimo á sepultarse al barranco y á referir cosas maravillosas de su padrino.

Sin duda hubiese bautizado más gente, pero me fué forzoso volver pronto, pues el virtuoso cuanto celoso P. Delgado va á visitar los pueblos que él tiene á su cargo. Visité una grande cueva (entre ellos campos mortuorios), seguramente de cincuenta varas de longitud por unas veinticinco de latitud y unas diez de profundidad, y la puerta de una vara de diámetro; caverna verdaderamente imponente y espantosa, pues el hacinamiento de cadáveres putrefactos en aquel lugar donde no salen las miasmas, y las nubes de mosquitos pequenísimos, produce una atmósfera pesadísima y quizá no menos contagiosa.

La falta del idioma me hizo quedar en ayunas de muchas cosas; pues de entre lo poco que sé, no dejo de poner todavía muchos tiempos de presente por pasado, y viceversa; pero, en fin, Dios proveerá para más adelante. Para alimentar á mi gente por espacio de siete días de camino, en ida y vuelta á Cuzárare, excepto los días que estuve en su pueblo, tuve que comprar siete borregos para darles caldo, y un cuarterón de frijol; de manera que puedo decir eché la casa por la ventana, pues en lugar de traer, tuve que llevar; y así es la vida; por esta razón, tanto necesita uno de auxilios, aun pecuniarios, en estos destierros.

Cuando el tiempo lo permita escribiré algo más; por ahora concluyo pidiendo oraciones por el aumento de nuestra amada Congregación Josefina.

SIERRA LEONA (África Occidental)

La guerra en Sierra Leona

Sierra Leona es el nombre con que designan los ingleses una de sus colonias situada al Occidente de Africa. Hace más de un siglo que tienen allí establecimientos y que izaron su pabellón. La carta siguiente, escrita por el R. P. J. Touhy, da detallada cuenta del movimiento insurreccional que ha ensangrentado Sierra Leona hace dos meses, y que pone en peligro las obras de la Misión:

Bonte, 6 de Mayo de 1898.

Las tribus de los timnis y mendis, desde la frontera de Canakry hasta la de Liberia, se han sublevado contra el Gobierno de Sierra Leona, jurando matar á todos los hombres, mujeres y niños, blancos ó

negros que hablen inglés ó que vistan de manera distinta á la suya, y jurando también destruir toda casa ó factoría que pertenezca á los ingleses.

La causa de esta insurrección es el nuevo decreto de 1896-97, aboliendo los poderes de los antiguos jefes del Protectorado ó *hinterland* de la colonia, substituyéndolos por comisarios europeos; aboliendo toda esclavitud, excepción hecha de los esclavos domésticos, y fijando una cuota de 5 shillings (6 francos 25) por casa: esta última parte del decreto es la verdadera causa de la rebelión.

En efecto: el mes de Enero del corriente año el gobernador de la colonia dió orden de que se empezara á

que podríamos llamar retirada, era organizarse para con nuevas fuerzas emprender vigoroso ataque, siguiendo nuevo plan de campaña. Hasta entonces ellos solos concentrados en los alrededores de Porto-Lokko y Kausia, resistían las fuerzas enviadas para batirlos; pero ahora se han aliado con los mendis, sus antiguos enemigos, y juntan sus fuerzas para dirigirlas contra los ingleses. Resolvieron que los mendis se levantarían en el *hinterland* de Sherbo; y el 27 de Abril estalló la insurrección en Gammia, no lejos de la desembocadura del río Small-Boom, á unas 30 millas de aquí.

Vinieron á darnos noticia de estos sucesos la misma noche en que tuvieron lugar, algunos hombres que lo-



ARCHIPIÉLAGO DE LOS NAVEGANTES (*Oceania*).—Catedral de Apia. (Pág. 338)

cobrar dicho impuesto, aprisionando á los jefes que no quisieran pagarlo. Así las cosas, el 22 de Febrero intentó reducir á prisión á Bei-Burach, jefe timní, del río Scarcie, próximo á la Guinea francesa; el cual resistió y llamó á todos sus guerreros.

Provistos de fusiles y municiones, no sólo hicieron frente á las compañías enviadas para exterminarlos, sino que les causaron grandes pérdidas. Esta guerra, que aún continúa, cuesta al Gobierno por término medio 300 libras esterlinas diarias.

A fines del próximo pasado Abril los timmanis cesaron de luchar, y desaparecieron dispersándose por los espesos bosques. Al principio nadie comprendía la causa, pero después se ha visto que su deseo al hacer esta

graron salvarse huyendo en una piragua. Dijéronnos que los mendis mataban sin excepción hombres, mujeres y niños, despedazándolos muchas veces, y que saqueaban y quemaban las factorías. Además, que su deseo era saquear Bonthe, residencia del Gobierno, al tiempo que los timmanis atacarían Freetown.

Es más para imaginado que para descrito el estupor y espanto que se apoderó de los habitantes de nuestra población al saber que los insurrectos preparábanse en número considerable para atacarnos, y al ver que para toda defensa contábamos con diez *policemen* armados de fusiles.

La noche del jueves 28 no se borrará jamás de nuestra memoria. Al anochecer, todos los católicos de la

Misión vinieron corriendo á nuestro pequeño presbiterado buscando donde poder refugiarse. Nuestros vecinos protestantes y paganos hicieron otro tanto: la vieja residencia de las Hermanas servía de refugio á muchos otros que se creían en ella más seguros que en sus casas de tierra. Para defender estas dos casas contábamos con un revólver y algunas cápsulas que el P. Noirjean mandó traer de Europa el próximo pasado año. Como es natural, toda la noche estuvimos en guardia. ¡Qué noche! ¡Cuántas veces aquellas pobres gentes, en especial las mujeres, creyeron oír las voces de los guerreros, y verlos aparecer entre las sombras!... Pero, á Dios gracias, los enemigos no se presentaron.

Mucho temíamos vendrían al siguiente día: todos estábamos convencidos de ello. Los agentes y empleados de cuatro casas de comercio europeas, al igual que los demás habitantes de la isla, renunciaron á preservar sus bienes del pillaje, y se refugiaron en la casa del Gobierno, donde junto con algunos *policemen* estaban resueltos á defender sus vidas.

Viendo lo apurado de nuestra situación, nos resolvimos á hacer lo mismo. Después de confesar todos los niños y bautizar á los que aún no lo estaban, cerramos casa y capilla y nos marchamos á la del Gobierno. Durante la noche desencadenóse furiosa tempestad acompañada de fuertes truenos, y entre ellos creíamos percibir claramente los gritos de los soldados que saqueaban factorías y casas abandonadas: llegó de nuevo la aurora, y vimos otra vez ser todo ello delirios de calenturienta imaginación.

Una vez más el miedo se había burlado de nosotros...

Después hemos sabido que la causa principal por la cual se abstuvieron de ejecutar su proyecto, fué el carecer de número suficiente de piraguas con que transportar á nuestra isla el crecido contingente que para atacarnos juzgaban necesario, y por creernos mejor defendidos de lo que en realidad estábamos.

Su plan de ataque es de los mejor concebidos: consiste en empezar la guerra apoderándose de las desembocaduras de los ríos. Consecuentes con él, atacaron casi simultáneamente las de los ríos Bagroo, Imperri, Jung, Small-Boosm, Big-Boom, Kittam, Sulima y Manoh; cuando se hubieran apoderado del curso inferior, debían remontar la corriente, y así impedir que nadie pudiera salvarse de su persecución.

Este plan lo han realizado con éxito el más completo. De los millares de habitantes que según nuestras noticias poblaban estas regiones, treinta solamente han venido á refugiarse entre nosotros. De las factorías en ellos establecidas, entre las cuales se cuentan las seis de la Compañía francesa del Africa Occidental, evaluadas á lo menos en 7,000 libras esterlinas, ninguna ha escapado del pillaje.

Contábamos algunos católicos en estas regiones: sólo cinco han llegado hasta aquí después de inauditos sufrimientos. Ignoramos qué suerte haya cabido á la capilla que teníamos en Bamany, al devoto catequista Carlos Tucker, á su esposa, y al pequeño instructor Eduardo Ashley.

Lo que me consuela si su muerte resulta cierta, es que

el domingo 24 de Abril administré á los tres la Comunión pascual, al propio tiempo que tuve la íntima satisfacción de bautizar á diez de sus catecúmenos. De ahí puede deducirse el peligro que corrí, pues regresé á Bonthe el lunes por la tarde, treinta y seis horas antes de que la guerra estallase en Bamani. ¿No es también manifiesta protección del cielo, que habiendo realizado desde Diciembre último cuatro largos viajes por dichos ríos para establecerlos en ellos á toda costa, no pudiéramos nunca conseguir el fin propuesto?

Quiera Dios continuar dispensándonos su protección, pues grande es el peligro que corremos, especialmente hasta que haya llegado de Freetown un destacamento que para la defensa de nuestra población se espera.

Esta grave situación puede prolongarse seis largos meses. Los huérfanos que tenemos recogidos han de comer; el arroz alcanza subidos precios, y pronto careceremos de él. Imposible es pensar en enviarlos á los países de donde proceden, pues sería exponer sus vidas, y además son muy buenos y muy piadosos, y prometen ser celosos catequistas. Vino á visitarnos el reverendo Padre Provicario, y prometió hacer en favor nuestro todo cuanto le fuera posible: actualmente Freetown está amenazada por los timnanis, si bien no creo que la plaza corra gran peligro.

En este momento (9 de Mayo), acaban de darme la noticia de que en Mafurey, provincia de Big-Boom, todos los comerciantes, excepto uno, han sido muertos dentro la casa en que para salvarse se habían refugiado; los niños que concurrían á la escuela protestante cuéntanse entre los muertos.

Desconocemos el porvenir que nos espera. En las manos de Dios nos ponemos, y en su protección fundamos todas nuestras esperanzas.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS

(Continuación)

Respecto á la santidad de su vida privada

SE declama en términos que parecen inspirados en centros protestantes y anticlericales de baja estofa contra los vicios é inmoralidad de los regulares; pero en eso como en otras cosas, salvo lo que lá más severa legislación y el más exquisito cuidado jamás pueden evitar aun en las colectividades más santamente organizadas, no ignoran cuantas personas nos tratan de cerca, que nada se nos puede echar en rostro.

Muy oportunas y eficaces son á este propósito las palabras del Padre San Agustín defendiendo á su Instituto contra acusaciones parecidas á las que se dirigen á las Ordenes de Filipinas: «Decidme, hermanos, ¿por ventura mi congregación es mejor que el arca de Noé, en la cual, de tres hijos que tuvo, el uno fué malo? ¿Por ventura es mejor que la familia del patriarca Jacob, en la cual de doce hijos que tenía sólo es alabado José? ¿Por ventura es mejor que la casa del patriarca Isaac, en la cual de dos hijos que le nacieron, uno fué escogido de Dios y el otro reprobado? ¿Por ventura es mejor

que la casa de Jesucristo nuestro Salvador, en la cual de doce Apóstoles uno le fué traidor y le vendió? ¿Por ventura es mejor que aquella compañía de los siete discípulos llenos del Espíritu Santo, escogidos por los Apóstoles para tener cargo de los pobres y viudas, entre los cuales uno, por nombre Nicolao, vino á ser heresiarca? ¿Por ventura es mejor que el mismo cielo, de donde tantos ángeles cayeron? ¿Será mejor que el paraíso terrenal, en el cual los dos primeros padres de todo el linaje humano, criados en justicia original y gracia, cayeron?

¡Ah! las Corporaciones religiosas de Filipinas, cuidando por la santidad y salvación de todos sus hijos, al ver que alguno de sus individuos falta á sus deberes, después de corregirle y de tomar, conforme á ley y religiosa prudencia, eficaces medidas para reparar, si lo hubo, el escándalo, é incluso, si es preciso, para extirpar y arrojar la rama podrida, exclaman lastimadas cual verdadera madre con el Apóstol: *Quis infirmatur et ego non infirmor? quis scandalizatur et ego non uror?* «¿Quién está enfermo espiritualmente y yo no padezco con él? ¿Quién sufre escándalo y yo no me abraso?...» Eso es lo que deben decir cuantos saben las caídas del prójimo; eso dictan la caridad y la justicia; eso pide el respeto y consideración á los ministros de la Iglesia; y mientras que nuestros sistemáticos acusadores no demuestren que las Ordenes *consienten y no reprimen* los pecados, en gran parte humanamente inevitables (dadas las condiciones en que forzosamente viven los dedicados al ministerio), de los poquísimos Religiosos que tienen la desgracia y flaqueza de caer, no tienen derecho á deshonrarnos, y á clamar contra lo que nosotros somos los primeros en lamentar y en procurar corregir.

¿Lo demostrarán alguna vez? Bien tranquilos estamos de lo contrario; y eso que tienen á mano cuantos medios de inquisición y prueba puede desear el juez más interesado en una causa. A la vista de todos están nuestros conventos, nuestros ministerios, nuestras personas; solos, y rodeados de multitud de indígenas, están los párrocos y misioneros; cuanto decimos, hacemos y dejamos de hacer, lo ve, lo espía todo el pueblo; nuestras moradas son de cristal para toda clase de personas; nuestra faz de europeos y nuestro carácter de sacerdotes nos dan tal relieve en las Misiones y feligresías, que sería candidez estólida tratar de ocultar nuestros pasos y acciones. Todo, por consiguiente, favorece á nuestros adversarios en el proceso á que les provocamos, y á que voluntariamente se somete cada regular, desde que, fiel á su vocación y obedeciendo á sus superiores, se sacrifica á vivir entre estos naturales, sus muy queridas ovejas del rebaño de Cristo. Nuestro honor, nuestra fama en manos está de ellos: fácil les sería á nuestros adversarios confundir á los Institutos religiosos, si la verdad presidiera sus acusaciones. Pero como esa verdad es la que no brilla en sus palabras, viene á verificarse en su conducta lo que dice el sagrado Texto: *Hablaron contra mí con lengua engañosa, y con lenguaje de odio me atacaron*; y respecto de nosotros lo que dice San Pablo: *Con modestia y temor tenéis una conciencia recta para que sean confundidos todos cuantos calumnian vuestro recto proceder en Cristo*.

Otros cargos igualmente injustos

No haremos el parangón de nuestra conducta con la de los respetables y muy estimados sacerdotes indígenas del clero secular, á los que miman la mayor parte de los separatistas filipinos, indudablemente porque no encaja en sus planes el combatirlos. No rebatiremos la desvergüenza de suponer que parte de nuestras fincas tienen un origen criminal, y que en nuestras haciendas rurales somos unos déspotas que de varios modos chupamos la sangre de los inquilinos, infamia tantas veces refutada con datos auténticos de evidencia abrumadora. No hablaremos de la inmensa impostura de achacarnos todos los fusilamientos, prisiones, torturas, procesos y confiscación de bienes, de los complicados en el último levantamiento. Despreciamos la absurda fábula de que somos los dueños absolutos, no sólo de las conciencias, sino de todo el Archipiélago, á la vez que, contradiciéndose palmariamente (como lo acostumbra á hacer el error), pregonan que está perdido nuestro prestigio é influencia en las islas. Hacemos caso omiso de atribuirnos todo cuanto de odioso ó censurable, según ellos, en deportaciones y otra clase de castigos, han hecho en el país los institutos armados, los gobernadores, los jueces y todos los organismos públicos, cual si los Religiosos manejáramos á nuestro antojo la máquina del Gobierno y administración de este territorio, y desde el Gobernador general hasta el último agente de policía no fueran todos sino ciegos ejecutores de nuestros gustos. Prescindimos de esas y de otras especies, argumentos de brocha gorda, que todavía explotan algunos descarriados hijos de este país, y que desgraciadamente repiten algunos peninsulares para manifestar su odio ó preocupación contra el clero, y pasamos á hablar de la insurrección y de la necesidad imperiosa de que se remedie la difícilísima situación de las Corporaciones religiosas en el Archipiélago.

Causa fundamental de la insurrección, y quiénes son culpables de ella

«De sobra puede conocer el Gobierno las causas que han producido la insurrección, y no seremos nosotros los que sobre eso pretendamos darle lecciones. Sabe que hace algunos años era hasta exótica y anacrónica toda idea separatista, toda tendencia rebelde en el país, que gozaba de la más envidiable paz, y sentía los respetos á la Autoridad con la misma irreflexiva si bien poderosa y santa fuerza con que es obedecida y acatada en todas partes la autoridad doméstica. Era entonces la sumisión á España y la subordinación á toda autoridad un elemento verdaderamente *social*, encarnado por los Religiosos en la masa de la población filipina, la cual ni soñaba, sí, excelentísimo señor, *ni soñaba* con ideas de redención política, ni imaginaba que para mantenerse fiel á la Metrópoli fuera necesaria en el país ni una sola bayoneta. La fuerza pública de los cuadrilleros y de la Guardia civil (ésta de fecha muy reciente) se creía necesaria para contener y reprimir rateros y *tulisanes*; y el escaso ejército que había entonces en el Archipiélago, se consideraba por todo el mundo que no tenía otro objeto que combatir á mindanaos y joloos, y estar pre-

venido para cualquier conflicto con las potencias vecinas. España podía estar segura aquí de su dominación, y vivir tan descuidada respecto á movimientos políticos como en la aldea más retirada de la Península. Se obedecía, se acataba toda autoridad por conciencia, por educación, por tradición, por hábito social, pasivamente y por rutina, si se quiere; pero con tal arraigo y firmeza, con tan indiscutible y universal rendimiento, que más bien que virtud individual era virtud de la masa de la población entera, era homenaje espontáneo á Dios que, representado en los poderes de la patria, todos sentían y practicaban, no concibiendo ni aún la posibilidad de rebeldías y levantamientos. Así se lo habían enseñado los Religiosos, uniendo siempre los nombres de Dios y de su Iglesia con los nombres del Rey y de España; y así, por deber de conciencia, lo amaba y cumplía todo el Archipiélago, sin que entonces pensase nadie en libertades políticas, ni en sacudir yugos que para nadie existían.

¿Es que entonces no había abusos? No, excelentísimo señor; muy bien pudiera ser que los hubiera en mayor escala que en la época inmediatamente anterior á los presentes sucesos. Pero como este pueblo estaba educado en la doctrina de que jamás es lícito desobedecer á la Autoridad, so pretexto de abusos, aun cuando algunos sean verdaderos; como este pueblo no había sido todavía imbuido en las nuevas enseñanzas modernas, condenadas cien veces por la Iglesia; como aquí nadie había hablado de los derechos populares, tan falsos muchos de ellos como enloquecedores, ni había llegado á Filipinas la propaganda contra los sacerdotes y Religiosos, resultaba que, considerando esos abusos como una de tantas plagas de la humanidad (de las cuales no se libran las sociedades montadas según los principios del erróneo derecho novísimo, antes por el contrario, las sufren con mayor intensidad y más daño de los intereses fundamentales del orden social), los soportaban estos habitantes con paciencia; y para su remedio acudían á los justos medios que la moral católica enseña en esos casos, con grandísima ventaja para los individuos y para las naciones.

Por consiguiente, cuantos de un modo ú otro han contribuido á traer al Archipiélago esas doctrinas revolucionarias y esos gérmenes de perturbación social y política, sean peninsulares ó insulares, de cualquier clase y condición, son los verdaderos autores, conscientes ó inconscientes, de que en las islas se haya grandemente debilitado la tradicional obediencia á la Metrópoli, en cuya pacífica, y por nadie ni nada turbada posesión, estaba hace treinta años todo el Archipiélago. Los introductores de esas doctrinas y tendencias son indiscutiblemente los reos de la insurrección, porque son los que han hecho que pudiera prepararse y con éxito desenvolverse, aun suponiendo que directa y deliberadamente no la hayan procurado.

Quien siembra vientos, recoge tempestades: quien pone los principios, tiene que aceptar las consecuencias: quien propaga odios, no tiene que extrañarse que venga la guerra: quien enseña el camino del mal, no puede declararse irresponsable de los extravíos que su enseñanza origina.

Causas parciales, la Masonería

¿Será necesario explanar esta sencilla consideración? No lo creemos; pero si quisiéramos desenvolverla, fácil nos sería añadir que la propaganda anti-religiosa, las ideas de errónea libertad y vedada independencia, excitadas y alentadas en algunos filipinos por políticos y escritores de Europa; la antipatía y oposición, claramente manifestada por algunos españoles, incluso gobernantes y empleados, contra las Corporaciones religiosas; el establecimiento de la Masonería y de otras Sociedades secretas, hijas legítimas de aquélla; la favorabilísima acogida que para sus planes hallaron los revolucionarios filipinos en muchos Centros y periódicos de Madrid y otras partes; la falta de religión en gran número de peninsulares, la facilidad con que se han cambiado las antiguas leyes de Filipinas; la movilidad de los funcionarios públicos, que dando margen á muchas irregularidades, ha contribuido grandemente á que el crédito del nombre español cada vez estuviera más en baja, y en parte la postergación que respecto á destinos públicos se ha observado alguna vez con los hijos del país, son los aspectos parciales, fases varias y factores confluyentes (sin que tratemos de enumerarlos todos) de la causa fundamental y sintética que dejamos apuntada.

Entre todas estas fases y factores parciales de la desorganización social del Archipiélago, á nadie se le oculta que el principal ha sido la Masonería. Masónica era la Asociación Hispano-Filipina de Madrid; masones eran en casi su totalidad quienes alentaban á los filipinos en su campaña contra el clero y contra los peninsulares aquí residentes; masones eran los que autorizaron la instalación de las logias en el Archipiélago; masones eran los que fundaron el *Katipunán*, Sociedad tan capitalmente masónica, que aun en el terriblemente sugestionador *pacto de sangre*, no ha hecho sino remedar á los masones carbonarios.

(Se continuará).

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

POR EL P. ADRIANO LAUNAY, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

II

El primer Mártir del Tonkin.—Persecuciones

EN esta época ó pocos meses antes, colocan los historiadores de la Misión la fecha de la gloriosa muerte del primero de los hijos del Tonkin, que la sufrió en defensa de su fe. Vamos á relatarla con alegría igual á la del que cogió la primera hermosa flor de un jardín que acaba de adornar y enriquecer.

Llamábase Francisco, era joven, y después de haber sido regenerado por las santas aguas bautismales, todo su anhelo fué practicar obras de caridad y misericordia: cuéntase que sepultaba á los muertos, cargándolos frecuentemente sobre sus espaldas para llevarlos hasta la sepultura. El señor á quien servía, que era hermano del rey, tuvo conocimiento de ello.



MONDA.—Río Ntsini. (Pág. 348)

—¿Cómo, le dijo lleno de cólera, te atreves con tus manos, que ensucian con frecuencia el contacto con los muertos, tocar mis cosas y mi persona? No puedo en manera alguna sufrirlo, y mando que desde este momento renuncies á tan vil oficio y á la Religión que te lo inspira.

—Sí, príncipe, sí, soy cristiano, y mi Religión promete el cielo al que practica obras buenas. Nada hay en el mundo capaz de hacerme renegar de mi fe. Obligación mía es servirlos, y no puedo faltar á ella sin comprometer mi eterna salvación: contad, pues, con mi fidelidad. Pero no llevéis á mal, os lo suplico, que consagre á Dios y á mis hermanos el tiempo que deja libre mi empleo.

Por única respuesta despidiólo de su casa el príncipe, y pasado breve tiempo, como tuviera conocimiento de que continuaba ejerciendo las mismas caritativas obras, mandólo traer á su presencia é intentó hacerle renegar de sus creencias.

—Jamás, príncipe, jamás cometeré tal infamia; gustoso sufriré mil muertes antes que acceder á vuestra petición.

—¡Cogedlo, gritó furioso el príncipe, azotadlo, atormentadlo!

La orden fué cumplida fielmente; el valiente joven sufrió sin exhalar el menor quejido los tormentos todos, repitiendo siempre con inquebrantable energía su heroica profesión de fe católica. Fué condenado á muerte, y el verdugo cortó de un golpe la cabeza del cristiano que abría el sangriento y glorioso camino del martirio por donde debían seguirle tantos y tantos cristianos hijos de su misma patria.

Pasaron varios años, en los cuales alternaron tristezas y alegrías,

como sucede siempre en el decurso de la vida humana. Sin embargo, en los trabajos apostólicos alegrías y tristezas tienen intensidad mayor, pues reconocen más elevado origen, y hieren la más íntima y delicada fibra de nuestro corazón, la que sólo hace vibrar el amor á Dios y á las almas. Durante este tiempo los anales del Tonkín dan cuenta de la llegada de los misioneros, Padres Majorica, Barbosa, Morelli y Bonelli, que emprendieron la evangelización del Laos, Coelho, Rodríguez, Maur, Monteiro, Caldeira y otros lugares al interior del Tonkín, en los años 1632 y 1640, viendo recompensado el celo de estos apóstoles con millares de conversiones.

Entre los hechos más notables que de tan remotos tiempos conocemos, merece especial mención el que á continuación relatamos, maravilloso y lleno de la tierna piedad que respiran las historias de la Edad media.

«Un joven llamado Ives, habiendo sido víctima de un grave accidente, quedó largas horas sin dar la menor señal de vida: preparábase ya el entierro, cuando Ives, recobrando el uso de sus sentidos, lavantóse súbitamente. Llenos de terror los que le rodeaban, lanzando grandes gritos emprendieron precipitada fuga. Ives los llama, los tranquiliza, y explícales que en tanto ellos creíanle muerto, seis jóvenes de incomparable belleza lo habían transportado á un país delicioso.

«En él, dijo, sentado en trono de purísimo oro, he visto un Rey de venerable aspecto y sin igual majestad. Otros dos Reyes veíanse al lado del primero sentados en tronos iguales, colocados á la misma altura y rodeados todos de deslumbradora luz. Ocupando inferior lugar al de estos venerables Reyes, que dijéronme mis guías representaba las tres augustas Personas de la Santísima Trinidad, he visto á muchos Santos de nuestra nación sentados, formando semicírculo, en sillas del más puro cristal. Invitáronme á que me sentara entre ellos, y gustoso hubiera yo aceptado, si los que en este viaje



GABÓN (África Occidental).—Monda.—Makendjé. (Pág. 348)

me guiaban en aquel momento no me hubiesen arrebatado de tan encantadora región para introducirme en obscura caverna. A un lado de ella vi abrirse horrible sima llena de fuego, y al opuesto un recinto sembrado de grandes témpanos; muchas personas completamente desconocidas para mí, sufrían en ellos indecibles tormentos. Ordenáronme entonces mis guías que regresara á la tierra para explicar á cuantos conociera lo que había visto, y advertir á mis ancianos padres que vivan preparados, pues sólo les resta de vida hasta que aparezca en el cielo nueva luna. Ellos me aseguraron que cuando habré cumplido los últimos deberes que todo buen hijo tiene con sus padres, vendrán á buscarme, y me guiarán á la feliz morada que me acaban de mostrar.»

El relato dejó en el ánimo de los oyentes viva esperanza y santo temor. Pasados dos meses, muertos ya los padres de Ives, á los cuales dió cristiana sepultura, quedóse éste un día en cama, llamó á su esposa, y le encargó tuviera siempre gran confianza en Dios y firme constancia en la fe: luego recostando su cabeza sobre la almohada como si fuera á conciliar el sueño, expiró sin fiebre ni enfermedad alguna, subiendo á la patria de los bienaventurados (1).

En 1640 llegaron al Tonkín los PP. Pedro Alberto, Manuel Cardoso, Pablo Calopresi y Onofre Borgés, todos de la Compañía de Jesús, celosos misioneros, en la flor de su edad.

Desgraciadamente los nuevos obreros apostólicos vieron bruscamente detenidos sus esfuerzos por un decreto de persecución firmado por el rey Lé-than-tong é inspirado por Chua-Trinh-Trang.

El Príncipe prohibió, bajo severísimas penas, profesar la Religión de los sacerdotes europeos, y aun conversar con ellos, pues decía eran impostores y predicaban mentiras. Mandaba quemar imágenes, rosarios, Catecismos, todo con el fin de extinguir completamente en su imperio todo cuanto perteneciera ó recordara la nueva Religión.

La conmoción fué grande; pero en medio de tan general consternación algunas jóvenes, flores del cielo que las tempestades todas del mundo no consiguieron marchitar, tuvieron energía suficiente para no inclinar sus cabezas.

Acaban de conocer el edicto de persecución, y animosas marchan del último confín de la provincia del Este, resueltas á presentarse ante el Rey, proclamar en alta voz la santa fe que profesan, y sufrir toda clase de tormentos antes que violar el voto de perpetua castidad que con su Dios las unía.

La Providencia no aceptó sus deseos de martirio, pero sometiólas á pruebas dignas de su valor. Una de ellas vióse presa de un soldado infiel que la solicitaba, rechazóla ella con indignación, y el soldado lleno de cólera sacó su espada y la amenazó de muerte.

—Bien, dijo ella, puedes matarme; hiere, pero acuérdate que una esposa de Jesucristo prefiere la muerte al pecado.

(1) *Mission de la Cochinchine et du Tonkin*, 1858.—Douniol, éditeur.

Al pronunciar estas palabras inclinó la cabeza para recibir el golpe mortal. Admirado y aun confundido, marchóse el soldado sin decir palabra, pensando en la valerosa conducta de la doncella, que al pagano parecióle extraordinaria.

Dos jóvenes se dirigían á la capital acompañadas de una mujer de edad algo avanzada; por el camino encontraron un grupo de infieles que, juzgándolas cristianas, las insultaron y golpearon, acabando por arrojarlas dentro profunda fosa, cubriéndolas de barro hasta los hombros. Toda la noche y parte de mañana del siguiente día estas piadosas mujeres permanecieron en tan horrible situación, hasta que unos transeúntes se apiadaron de ellas y las sacaron de la fosa: acto seguido las heroicas cristianas fueron en busca de un misionero para recibir de sus manos el Pan de los Angeles, y luego resolvieron no separarse jamás, y añade un historiador: «Consagradas todas á Dios por sus votos, vivieron vida de ángeles en una tierra sembrada de crímenes.»

EN SYDNEY

POR EL R. P. VANDEL, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

VI

Sydney, centro de apostolado para toda la Oceania

La importancia política y comercial del puerto de Sydney; la prosperidad de que allí goza nuestra Santa Iglesia católica; la excepcional situación de un país acampado como centinela en el corazón mismo de las Misiones infieles; la completa libertad concedida á todas las instituciones y empresas religiosas, todo designa á esta ciudad como un centro de apostolado.

El cardenal Moran, reconociendo las ventajas de esta posición única, había formado ya el proyecto de establecer en la ciudad metropolitana un Seminario para las Misiones, como lo indicó en el discurso de inauguración que pronunció al poner la primera piedra de nuestra casa, añadiendo bondadosamente que se lo había indicado el P. Treand.

No podíamos menos, en efecto, de acariciar esta idea. Próximas á Sydney están nuestras inmensas Misiones de Nueva Guinea, Nueva Bretaña, las islas Salomón y las Gilbert.

La Providencia parece que pide esta obra, y creemos fundadamente que la población católica, que ya está dando á esta diócesis un excedente de personal, proporcionará pronto utilísimo contingente al heroico ejército de nuestros misioneros.

Otro de los fines de la obra proyectada es la formación de indígenas para el cargo de catequista y para el ministerio sacerdotal; pero este punto requiere meditación y estudio.

Cuando el año próximo pasado acompañé al ilustrísimo Couppé á Nueva Bretaña, casi todo el camino se nos ofreció materia á dolorosísimas reflexiones. Durante

dos días navegamos á la vista de las Luisiadas, grupo de islas pobladísimas, que se escalonan al extremo oriental de Nueva Guinea. Nunca un misionero católico ha puesto el pie en aquellas playas. A nuestra derecha teníamos las Salomón, espléndido cortejo de islas montañosas, extensas, fértiles, en donde hormiguea una raza de hombres vigorosos y guerreros. Nueva Irlanda desplegaba, en brillante faja azul, la ondulada línea de sus graníticas cordilleras. En todas partes veíamos tribus humanas, espesas como las espigas en un campo, sin que haya un obrero para recoger la cosecha.

¡Qué gozo, por fin, al encontrar en la península de la Gacela, á los misioneros católicos, nuestros hermanos; ver brillar en los humildes techos la cruz, signo de redención, y adorar, en las pobres capillas de tabla ó de bambú, al buen Pastor que está allí, empezando á reunir en torno suyo á las ovejas extraviadas!

Al regresar, redobló nuestra tristeza. Toda una semana el buque hendió rápidamente las aguas, devorando en veinticuatro horas cuatrocientos treinta kilómetros de espacio. Vimos perfilarse la costa septentrional de Nueva Bretaña, y luego la de Nueva Guinea. A nuestra derecha, en los límites mismos del Ecuador, se instalan encantadores islotes, joyas de la creación, como collar de esmeraldas en azulado estuche. Allí en el flanco de las montañas, en los profundos valles que se abren y prolongan hasta impenetrables confines, en todas partes viven densas poblaciones que nunca han saludado á un mensajero de Jesucristo. He aquí en mares incomparables las Indias holandesas, las Molucas, las Célebes, Flórez, Sumba, Lomboek y Bali, magníficas tierras rebosando de riquezas naturales y que están desheredados de la gracia. En todo este inmenso trayecto apenas se hallan tres ó cuatro estaciones de misioneros. Aquí tenéis la isla de Java, con sus veintiséis millones de habitantes, población sencilla, morigerada y laboriosa si las hay. Penetrad en el interior: los pueblos se suceden á los pueblos, casi sin interrupción. Los arrozales se extienden hasta el fondo de los desfiladeros, y se les halla hasta en la cúspide de las montañas. Las calles están tan frecuentadas, que un misionero las comparaba á los bulevares de París. En este hormiguero de hombres sólo contaréis algunos centenares de católicos, y el clero, compuesto de Padres Jesuitas, es del todo insuficiente para subvenir á las necesidades de los colonos católicos. En Sumatra y en la parte holandesa de Borneo, territorios cuya superficie excede en mucho la de Francia, tres ó cuatro Padres Jesuitas trabajan animosamente algunas mínimas parcelas del campo que no bastarían á labrar miles de misioneros. Y si nos remontamos hacia el Norte, he aquí las inmensas y populosas comarcas de la China y del Japón, donde apenas se cuenta un católico por cada mil habitantes, y un misionero por cada medio millón de paganos.

La propagación de la Fe en su corta existencia, ha hecho una obra magnífica y gigantesca. Mas lleva casi el mundo entero en sus hombros, y á pesar de su incesante actividad, no obstante los heroicos trabajos de los misioneros, la admirable caridad de los fieles y los consoladores resultados obtenidos en muchos puntos del universo, puede decir como el Apóstol de las gen-

tes: «Que una inmensa carrera queda abierta ante sus pasos (1).»

¡Ay! ¡diecinueve siglos ha que vino el Redentor, y cuántos pueblos le esperan todavía! Nunca la Estrella de Jacob ha brillado sobre sus cabezas; nadie les ha anunciado aún la buena nueva, ni al corazón de los infelices ha sonado aún la palabra del Consolador: «Venid á Mí los que padecéis y estáis atribulados, y Yo os aliviaré.» Nunca los brazos extendidos del Divino Crucificado se han cerrado sobre esos innumerables hijos de Adán para estrecharles contra su corazón.

Al verles en sus chozas ó sus bosques, en sus piraguas y en sus campos, parecíanos qírles la súplica que resonaba en los oídos de San Pablo durante el sueño: «Venid, y socorrednos (2).»

¿Cuánto tiempo dormirán todavía á la sombra de la muerte? Apenas si el sudario que les envuelve está rasgado por algunos puntos. ¿Quién lo apartará por completo? ¿Quién llamará á gozar de la luz á los que duermen en las tinieblas como los muertos sempiternos (3)?

No pueden leerse las profecías del Antiguo Testamento sin que llame la atención la memoria insistente que hacen de las islas remotas, en sus oráculos. Contemplan su prolongada expectación, tan semejante á la del pueblo de Israel (4). Anuncian también que ésta tendrá por fin un término; pues las islas de las naciones deben adorar al Redentor, oír su voz, bendecir su nombre (5), y la Jerusalén mística, la santa Iglesia, se llenará de gozo y de gloria cuando acudan á ella las muchedumbres del mar (6).

Ahora bien, si se cuenta con Europa para subvenir á la evangelización de todas estas comarcas, tendrá que añadir millares y millares de misioneros á los que ya trabajan en el campo del apostolado.

Una pregunta se ofrece ahora. Europa ¿suministrará acaso esta inmensa leva de hombres? Y ¿cuántos años no deberán transcurrir antes de ver doblado el actual contingente, que convendría fuese centuplicado? Y ¿no es de tener que en una de esas conflagraciones que parece amenazar constantemente al Occidente, la Iglesia no pudiese siquiera proveer al reemplazo de los misioneros que sucumban?

¡Si por lo menos fuese permitido esperar! ¡Si fuese posible considerar todos esos pueblos como una herencia incontestablemente adquirida por la verdadera Iglesia, cuya adquisición, aunque remota, puede considerar segura!

Por desdicha, esta seguridad no sería más que una ilusión; pues llegó ya el *hombre enemigo*, sembrando la cizaña á manos llenas. Y esto no lo hizo ciertamente durante el sueño del padre de familias. No dormía, antes bien trabajaba, y tenía sus obreros y sus guardias, pero no contaba con suficiente número de ellos.

(1) I Cor. xvi, 9.

(2) Act. xvi, 9.

(3) Thren. iii, 67.

(4) Isai. xlii, 4; li, 5.

(5) Soph. ii, 11; Eccles. xliii, 17; Isai. xlix, 1.

(6) Isai. lx, 5.



R. P. FR. CAYETANO FERNÁNDEZ, PRIOR DEL CONVENTO DE PADRES AGUSTINOS DE LA CANDELARIA (COLOMBIA). (Pág. 352)

En todas las islas que he nombrado, en las Luisiadas y las Salomón, en Nueva Irlanda y Nueva Guinea del Norte, los protestantes tienen establecimientos, reclutan adeptos, é infunden á las almas sencillas y crédulas sus errores, sus prejuicios y sus aversiones.

En todas partes los hallan los misioneros levantando púlpito contra púlpito, altar contra altar. La política, la violencia, la calumnia, nada hay que dejen de poder en juego para alejar al sacerdote católico, confinar su acción á territorios reducidos é ingratos, y contrabalancear ó destruir su influencia.

En Bretaña fuí testigo de los medios de apostolado de que echan mano: intimidaciones, embustes, vías de hecho, no retroceden ante estos secretos de persuasión, de que ciertamente no han encontrado el ejemplo en el Evangelio puro.

Hay una secta sobre todo, la más tenaz é intrigante, cuyo ardor de proselitismo es extremado. Este ardor, por lo demás, lo excita la manera muy lucrativa con que la secta entiende el apostolado. Conoce el arte de conciliar la profesión comercial con el desinterés evangélico, y de sacar buenos beneficios temporales trabajando por la pura gloria de Dios.

Aterra la actividad desple-

gada por esta Iglesia para esparcir sus errores. Nada tan lamentable como los resultados que obtiene. Ha pasado por las islas del Pacífico como un huracán devastador, esterilizando para las labores de la fe católica vastas y numerosas tierras.

Su resultado más evidente, palpable y universal es la antipatía que á sus afiliados inspira contra los ministros y los dogmas más consoladores de nuestra santa Religión, contra la adorable Eucaristía, el culto de la Santísima Virgen y los Santos, y la autoridad del Soberano Pontífice.

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

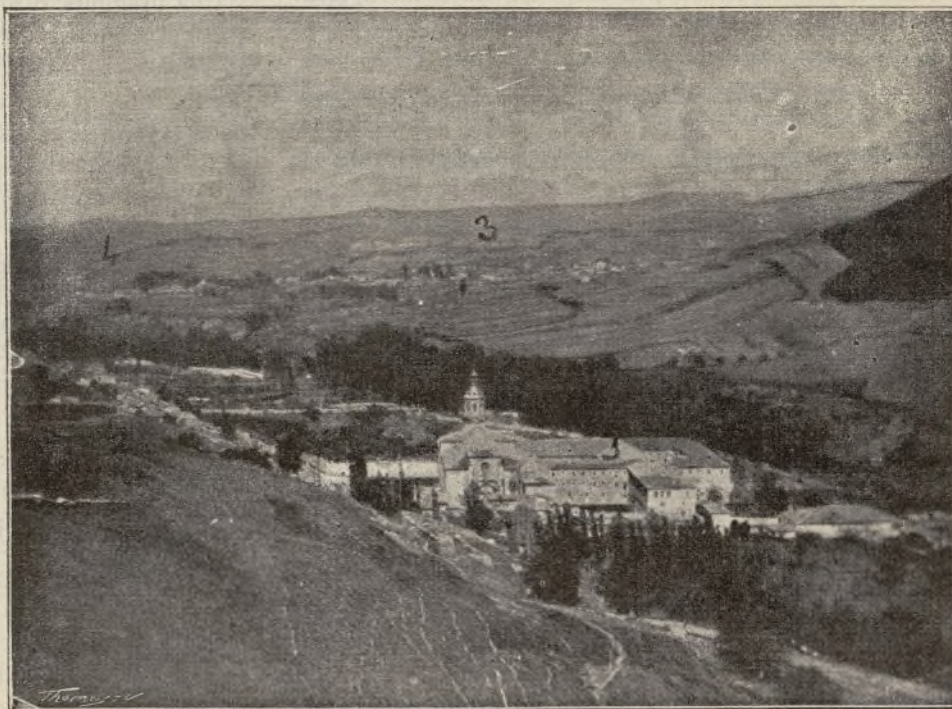
DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

II

En el río

A LAS once y media salimos de la ensenada de Nkogon y bogamos por el río Ntsini. Todo estaba nuevamente sujeto en la piragua: delante, á la sombra de la vela, las esteras y cobertores, al lado la caja de provisiones; aquí el botiquín, allá el aparato fotográfico, más lejos el altar portátil y el fusil para cazar algún pájaro que hiciese más succulenta la escasa comida diaria (no había para quejarse, pues hallábamnos en Cuaresma). Bien, todo estaba en su punto. Esto es sencillo; esto es completo... para misioneros.

Nuestra embarcación se deslizaba á través de un angosto canal cortado en el centro por paletuvios que interceptan la ensenada. Tras muchos rodeos llegó por fin á Koka, aldea habitada por los bulus ó asekianis... Esta población está situada en la orilla derecha del río.



MONASTERIO DE SAN MILLÁN DE LA COGOLLA EN LA RIOJA, HOY OCUPADO POR LOS PADRES AGUSTINOS RECOLETOS. (Pág. 352)



LA CARIDAD CRISTIANA EN LA GUERRA

Ayuntamiento de Madrid

Cuando casualmente se viene por tierra desde el Gabón (lo que representa dos horas ó dos y media de camino), tómase aquí una piragua para pasar el río. Al salir de la aldea bulu, entramos á izquierda en otra de pahuiños, donde hay algunos cristianos. El río da una rápida vuelta, y luego prosigue su marcha hacia Monda: á izquierda aparece una nueva aldea. Al cabo de una hora de navegación nos detuvimos, pues nuestros estómagos estaban débiles. En este sitio hay agrupadas tres aldeas, dos pahuinas y una bulu, cuyo jefe es Alandé, que confiábamos nos recibiría bien, pues nos conoce de larga fecha, y hace poco tiempo bautizamos á su mujer.

La aldea, muy reducida, se llama Yengo. Todo el mundo se reunió en torno nuestro, y el jefe nos cedió su choza, llevando su buena voluntad hasta traernos una mesa, dos sillas y una garrafa de agua.

Por lo visto allí se van civilizando. El «pueblo» nos contemplaba con asombro. Dos muchachos de ocho ó diez años, como gorriones atrevidos, pusieron de codos en nuestra mesa para mirarnos á su sabor. Su traje no era precisamente de etiqueta, pues por todo vestido no tenían ambos otra cosa que un sombrero y un cascabel... ¡No importa! ¡he ahí dos muchachos libres del cuidado de lavarse la ropa! Este tocado es económico y ligero.

Despachamos aprisa nuestras escasas provisiones, toda vez que debíamos ir más lejos. Como este pueblo lo visitamos á menudo, no había necesidad de permanecer en él más tiempo.

Dispuesto todo, menudearon los *subolos* (buenos días), los apretones de manos y las gracias provocadas por las dos hojas de tabajo que ofrecimos al anciano jefe, quien las recogió con presteza y ocultólas en su sucio tonelete, por lo que pudiera suceder. ¡Mala idea haber mostrado nuestro tabaco! pues todo el mundo reclamaba: «regalo.» Hasta una vieja desdentada se nos vino encima gritando:

—¡*Minissé*, regalo, regalo!

Era todo lo que sabía de nuestra lengua: pero ¡qué acento tan patético, amigos míos!

¡Adelante! La piragua parecía que volaba. Al poco tiempo dejamos atrás en la orilla derecha una miserable aldea bulu, de solas diez chozas. Más lejos otra, más miserable todavía: ¡dos chozas! no, dos cobertizos.

Poco después, también en la orilla derecha, oculta entre copudos árboles, la población pahuina de Okwembe, á la que había ido algunos días antes para bautizar á un niño en peligro de muerte. No sobrevivió. Al pasar supimos que el cielo contaba un ángel más.

A izquierda vimos una populosa villa pahuina, Eyo-redhule.

Pasamos sin detenernos. El río era cada vez más ancho y profundo. Costeamos la ribera, siempre bordeada de esos insípidos paletuvios, de largos renuevos cargados con racimos de ostras. Nunca se veía un claro en los altos aquedales de los que más lejos se divisaban las cumbres. Constantemente la misma vegetación, triste y monótona en su perenne continuidad.

Súbitamente, sin embargo, cambió la decoración: en la orilla derecha apareció un ancho claro: era el río Kokobel

que se reúne al Ntsini. Por este río se llega á la población del mismo nombre, y al cabo de largos rodeos llegase detrás del monte Buet, tan conocido de nombre por los europeos de Librevilla, como poco visitado por ellos.

A los bosques ecuatoriales esos señores prefieren generalmente los arrabales de la capital del Gabón. Pero ¡ea, no nos deslicemos en críticas y censuras!

En adelante el Ntsini se ensancha constantemente, engrosado por numerosos afluentes.

Por fin, después de haber dejado atrás muchos *mpindis*, dibújase en el horizonte la villa de Makendjé, habitada por los bulus y los pahuinos-esemves.

III

En la villa

Makendjé lo forman dos poblaciones contiguas. Verificase el desembarque por una suave pendiente. Al lado un riachuelo se interna murmurando en el bosque, donde los indígenas han hecho grandes hoyos para recoger á la vez las aguas del río y las del cielo. ¡Cisternas y pantanos todo junto! Por desdicha, según costumbre al parecer muy general en Africa, los negros no se preocupan poco ni mucho de la limpieza del agua.

¿Os acercáis al caer de la tarde? Veréis como las mujeres, llevando graciosamente en la cabeza sus vasos de arcilla, acércanse á la fuente conversando alegremente: los muchachos, sumergidos hasta el cuello en el agua fresca, patullan á cual más, no preocupándose gran cosa si enturbian ó no el agua de este baño natural. Los animales de la población se dan en él cita. Luego llegan las mujeres, entran en el agua hasta mitad de la pierna, y charlando ¡ya no serían mujeres! toman el agua, que ha de servir para el uso diario de la familia.

Si venís al alba, en esa hora matutina en que la bruma se eleva paulatinamente del bosque, y en que los oquedales parecen envueltos en un velo de vaporosa gasa; en la hora en que, sobre la rama húmeda con el rocío, el ave sacude sus plumas y saluda á la mañana con su alegre canto, decís: «¡El agua es clara, pura!» ¡Error profundo! Durante la noche los animales del bosque han pasado por allí; y veréis deslizarse entre las altas hierbas, envueltos hasta el cuello en largos lienzos, y tiritando al soplo de la brisa, á los indígenas del pueblo que se apresuran á hacer sus matinales abluciones.

Siempre el agua es amarilla, turbia, lodosa. Debe estar llena de microbios. Poco les importa. Todo el mundo la bebe, hombres y bestias.

¡Microbios! ¿quién conoce esto por aquí? Además de padres á hijos siempre se ha obrado de igual manera. Nosotros, los europeos, preferimos el agua fresca, límpida, de los riachuelos que corren bajo los árboles. No sabemos resistir, y bebemos... y lo pagamos caro á veces. El negro, que nos observa, dice: «Esta es costumbre de los blancos; esto no es bueno,» y no nos imita. Quizá tenga razón.

Makendjé es la patria de nuestro Juan, Juan Buenhombre. En otro tiempo era muy semejante á esos negritos, que, con la boca abierta, nos miran con asom-

brados ojos, dispuestos á tomar las de Villadiego al menor movimiento sospechoso. El P. Monnier especialmente, con sus anchos lentes negros, tiene el privilegio de emocionarlos. ¡Ojos que se quitan á voluntad! ¿quién vió nunca tal cosa? y prorrumpen en gritos de asombro é interminables risas. Juan Buenhombre era en otro tiempo como ellos. Como ellos hacía buen consumo de esos peces saltones, que huyen al acercarnos; extraños peces que viven en el lodo, fuera del agua, en la que sólo se refugian cuando amenaza el peligro: como ellos abría con destreza esas pequeñas ostras de carne insípida que no recuerdan sino de lejos las deliciosas *Marrennes*, y que los negros, por lo demás, no comen sino asadas en la brasa: como ellos, comía esos cangrejos que pululan en la ribera en busca de su presa. Esto es debido á que en todas partes pequeños y grandes, jóvenes y viejos, tienen necesidad de carne, y entre nuestros paulinos cuando en la casa hay mono ó antílope, cerdo ó papagayo, ó una golosina cualquiera, el hombre come, la mujer mira, y el muchacho busca afuera lo que puede.

—¡Esto, dicen los viejos, le haría caer los dientes!

Para comer carne tiene que cumplir los veinte años y hacer una ceremonia particular que le pondrá al fin en el número de los guerreros.

Y aun los jefes se reservan ciertos manjares, por una prohibición que recuerda el *tabu* australiano.

Mas he aquí que Juan es cristiano; Juan es sabio; los arcanos del alfabeto tienen todavía algunos misterios para él; pero ¿quién es perfecto en este mundo? Juan se ha formado al influjo de nuestra civilización, y es un hombre.

También es propietario, y al desembarcar nos condujo en derecha y con satisfacción á su choza, en la que pernoctamos. Hacía un año que estaba abandonada, y le hubiera venido de perlas un buen limpión, ya que no faltaron bichos que la eligieran por morada. El techo no carecía de agujeros, pero así se escapaba más fácilmente el humo. Y luego ¿qué? el discípulo no ha de ser más que el maestro, y Nuestro Señor no tuvo siempre acá en el suelo tan buen albergue.

Era ya tarde, y así hicimos fuego, y puesto en equilibrio sobre tres piedras, empezó la marmita su alegre canción. Acurrucados en torno, y haciéndoseles agua la boca, nuestros muchachos estaban atentos á los progresos de la cocción. No les faltó su parte. Yo también, en otro tiempo, bajo el amplio manto de la chimenea paternal, gustaba ver dorarse, á las caricias ardientes de la llama, el apetitoso pedazo de carne. Como ellos, aguardaba con ansia el momento oportuno. Niño de color, y niño negro; muchacho de piel clara, y muchacho de piel oscura; ¡ah! en todas partes sois los mismos; en todas partes sois «el hombre», raza única y mudable, de piel variada, pero de apetitos idénticos.

En el rostro de nuestros muchachos leíase el contento de ver por fin terminada la penosa jornada, el gozo de haber llegado á país amigo.

A las alegres risas mezcláronse durante un buen rato dichos picantes y gestos picarescos. La reunión escuchaba complacida, comprendiendo á veces, y desterni-

llándose de risa. Los que no comprendían no tomaban menos parte en la algazara. ¡El hombre en todas partes es el mismo!

Nuestro cocinero vino presuroso y cuchara en mano, diciendo:

—Padre, la comida para ti; todo está concluido y dispuesto.

¡No dejan de guardarse las formas en Africa! esto no vale tal vez la frase: «La señora condesa está servida;» pero la intención es la misma.

Estando, pues, la comida «concluida, dispuesta,» era ocasión de dar buena cuenta de ella. Ea, en pie para el *Benedicite*. Y cada uno lo reza piadosamente. Todo el mundo guarda silencio, mirándonos con la boca abierta. Empezamos á comer, y todos nos miraron con más curiosidad aún, sin reírse ya, teniendo un dedo en la boca y el busto hacia adelante. Tal era la posición general.

Retrocediendo á los lejanos días de mi infancia, recuerdo, por una extraña asociación de ideas, que á veces oíanse en mi pueblo natal sonos metálicos y ruidosos.

Y súbitamente, en la clase adormecida, las cabecitas se levantaban atentas. El soñoliento maestro mostraba su larga palmeta de avellano, y cosa extraña, hubiérase oído el vuelo de una mosca.

Entre tanto, á lo lejos percibíase cada vez más distintamente el poco grato sonido de la corneta de pistón.

¡Y todos escuchábamos! ¡Ah, si hubiésemos estado tan atentos al maestro, abnegado á pesar de todo, que nos inculcaba, á fuerza de castigos, los sombríos misterios de la tabla de Pitágoras!

De pronto oíase en la clase una palabra mágica: «¡Los bohemios!» Y las piernecitas temblaban bajo las mesas, y los ojos seguían con ansia el perezoso movimiento del anticuado reloj relegado á un rincón. Al tocar las cuatro, en un abrir y cerrar de ojos metíamos libros y cuadernos en el saco, y corríamos como desesperados hacia la plaza mayor. Allí estaban los bohemios, tipos extraños, música más salvaje aún, y nosotros permanecíamos allí mudos y aguardando maravillas. Y ahora... ahora á nuestra vez se han trocado los papeles. ¡Nosotros venimos á ser los bohemios; los bohemios de Dios, por ejemplo!

Y para desempeñar bien nuestro papel, por la noche, después de cenar, en medio de mosquitos que nos devoraban, desarrollamos ante nuestro auditorio las bellezas de la fe.

Mas el tambor que resonaba en el pueblo vecino, anunciando que iba á comenzar el baile, tuvo más influencia que mi discurso, y poco á poco disminuyó el número de nuestros oyentes. ¡Id á hablar de Religión á una dama que se dirige al baile! La conferencia fué breve; le hicimos suceder la oración, y luego cada cual fué á acostarse.

No habíamos contado con el maldito tambor, que no cesó de tocar hasta media noche, á golpes repetidos, siempre los mismos. ¡Hay que divertirse!

Y la pobre cabeza, entontecida, acaba de caer en la dura almohada de bambú. ¡Estamos en el país de los... sueños!

EL CONVENTO DE LA CANDELARIA

(COLOMBIA)

LÁMASE de la *Candelaria*, por la imagen de la Virgen en el misterio de la Purificación que en él se venera; y es una tabla pintada por el italiano Francisco del Pozo, á instancia de los dos primeros ermitaños que allí se instalaron, Domingo de Aaraya y Francisco Rodríguez, y que representa á María Santísima con una candela en la mano izquierda, y con las efigies de Santo Domingo y San Francisco á los lados.

Está situado en un valle ó vega pequeña, bañada por el río *Guackaneca*.

El primitivo eremitorio fué cedido en 1602 á los Padres Recoletos de San Agustín por el famoso arzobispo de Bogotá, Ilmo. Sr. D. Bartolomé Lobo Guerrero, siendo provincial de dicha Orden el M. R. P. Vicente Mallol.

Su fundador y primer prior fué el Rdo. P. Mateo Delgado, natural de Antequera, en Andalucía, que se descalzó en dicho convento á los ochenta años de edad, y que, después de una vida rigurosísima, murió santamente en él, á los ciento cinco años, el día 1.º de Noviembre del año 1631.

Posteriormente fué cabeza de los siguientes conventos, fundados por Religiosos suyos: el de *Misque*, el de *la Popa*, el de *Lima* el de *Panamá*, y el Hospicio de *Méjico*.

Dispersados aquellos buenos Religiosos por el partido y Gobierno radical de 1860, cerrados sus templos, destruidos sus conventos y vendidas sus haciendas, corriase grave riesgo de que se extinguiese aquella venerable Provincia, cuando por acuerdo de los pocos ancianos que restaban, en 1876, determinaron enviar á Roma y á España al R. P. Juan Nepomuceno Bustamante con un interesante informe del M. R. P. provincial Fr. Victorino Rocha para el Sumo Pontífice, y sentidas cartas de recomendación para el Procurador de los Recoletos españoles en Roma y para el Vicario General en España.

Tanto el primero de ellos, R. P. Manuel María Martínez, como el segundo, Rmo. P. Sabino Sánchez, recibieron al P. Bustamante en la capital del orbe y en nuestra corte con el afecto más entrañable; pero aun cuando el Romano Pontífice le había dado autorización para reclutar algunos Padres con destino á Colombia, la escasez del personal no les permitió concedérselo por el momento.

No desmayó, sin embargo, el P. Bustamante; y habiendo vuelto segunda vez á la Península en 1884, logró que el reverendísimo Vicario General y los Padres del Definitorio le dieran al inteligente y virtuoso Padre Enrique Pérez, para que le acompañara en clase de *Visitador*, y á su regreso informase.

Hecha la visita por el P. Pérez y regresado á España en 1886, informó al Vicario General y Definitorio; y resuelto el envío, se dió encargo al M. R. P. comisario provincial Fr. Toribio Minguella, para que recorriendo los colegios de Monteagudo, Marcilla y San Millán eligie-

ra el personal apto y voluntario para la primera Misión á Colombia.

He aquí los nombres de los Religiosos que se ofrecieron: R. P. Ezequiel Moreno, presidente; RR. Padres Ramón Miramón, Santiago Matute, Gregorio Segura y Anacleto Jiménez; y los Hermanos legos Luís Sáenz é Isidoro Sáenz. Llegados á Colombia á fines de 1888, destináronse varios de esos Padres al convento del Desierto, en donde quedó reinstalada su venerable Comunidad el día 2 de Febrero de 1889, nombrándose primer Prior de la restauración al R. P. Ramón Miramón, natural de esta ciudad de Tudela de Navarra.

El convento ocupa bella posición topográfica, y actualmente es un edificio en cuadro, fundado sobre terreno firme y plano, y con dos pisos capaces para el albergue de unos treinta Religiosos, y varios amenísimos huertos.

La iglesia, que es la parte más interesante del edificio, forma un perfecto rectángulo, con su presbiterio más elevado que el plano del templo. El altar mayor es todo él dorado con adornos de relieve, y en su centro está el cuadro que representa á la *Virgen de la Candelaria*. Tiene además otros seis altares, tres en cada lado de la única nave. Los del lado de la Epístola están dedicados á la Purísima Concepción, el *Ecce Homo* y la Virgen del Rosario; y los del lado del Evangelio á San José, San Roque y á la Virgen de la Soledad. Tiene coro alto bastante espacioso, con sillería de nogal, y que presenta con toda la iglesia un conjunto agradable y armonioso, que, con la tibia luz de sus ventanales, convida al alma á la oración y al recogimiento.

A fines de 1896 componían su Comunidad el R. P. G. Fr. Cayetano Fernández, prior, y los RR. PP. Fr. Marcelino Gamuza, Fr. Víctor Labiano, Fr. Alberto Fernández; el H. corista Fr. Luís Forero, el H. lego fray Julián Bolaños y siete novicios.

Las personas que quieran saber en compendio los grandiosos y fructíferos trabajos llevados á feliz término en Colombia por los Agustinos Recoletos españoles, tómense la molestia de leer el artículo inserto en la *Revista Popular* de 1.º de Julio de 1897.

Y los que gusten conocer con toda extensión los esfuerzos apostólicos de aquellos heroicos Religiosos, que adquieran la magnífica Crónica en dos tomos en cuarto publicada en 1897 por el M. R. P. Fr. Santiago Matute, titulada *Los Padres Candelarios en Colombia*, que es una monografía monástica verdaderamente preciosa.

Nosotros nos contentamos por hoy con insertar al lado de estas líneas la vista panorámica del histórico convento del Desierto y el retrato de su Prior actual, el docto y virtuosísimo P. Fr. Cayetano Fernández, natural de Villanueva del Conde, en la provincia de Burgos, y rector que fué del Colegio de San Millán de la Cogolla.

CONSTANTINO GARRÁN.

Tudela, 2 de Febrero de 1898.

(Rev. Pop.).

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE CALONI.

VIII

Magisterio espiritual

En el mes de Agosto del 93 bajé de esta Reducción de Santa Rosa á Santa Fe, capital de la provincia, pensando seguir á nuestra Reducción de San Martín, y continuar los trabajos para la conclusión del templo de que ya he hablado; pero la situación anómala en que se hallaba esta provincia, por la revolución habida, que

día seguir para San Antonio de Obligado, por la enfermedad que me acometió, y por el tiempo de que disponía, siendo que tenía días determinados para confirmar en las otras Reducciones; y que por otra parte no podía suspender á causa de que muchas familias vendrían de bastante distancia; llamé al P. Hermes Constansi, de nuestra Reducción de San Antonio de Obligado, para que me ayudara en las penosas tareas espirituales, supliendo de palabra por el momento las disposiciones propias de su Reducción.

El 17 de Septiembre empecé la confirmación, y concluí el 24.

El 25 tomé el tren para San Martín, donde me esperaban cuatro ó cinco días de ruda tarea; pero el hombre propone y Dios dispone. Al llegar á los montes de Caragatay una fuerza revolucionaria nos tomó el tren, y quedé por cinco días encerrado en aquellos inmensos



COLOMBIA.—Convento de Padres Agustinos Recoletos españoles en el desierto de la Candelaria. (Pág. 352).

derrocó al gobernador Dr. D. Juan Manuel Cafferata; y en el temor de nuevas convulsiones, suspendí mi proyecto; y aprovechando este poco tiempo del que podía disponer con libertad, anuncié á los padres mi visita y Confirmación á las Reducciones y colonias vecinas, teniendo para eso especial autorización del ilustrísimo señor Obispo diocesano.

En efecto, el 23 de Agosto me dirigí al Norte de ésta para dar principio á mis tareas espirituales. Bajé de paso dos días en San Martín, y arreglados todos mis asuntos en ella, y determinado administrarle la confirmación, á mi vuelta de las Reducciones más lejanas, me embarqué en el tren, camino para Reconquista. El 1.º de Septiembre de ese año llegué á esta población con una fuerte fiebre que me postró por ocho días en cama. Sin embargo, apenas un poco restablecido empecé mis tareas de visita, y no hallando cosas serias que reformar, principié la confirmación en esa Reducción; y en seguida en la colonia Avellaneda. Y viendo que no po-

bosques, sin esperanza de salir hacia ninguna parte, hasta que el jefe revolucionario me mandó en un tren á Reconquista, donde quedé hasta concluir la revolución, quedando con esto concluidas también mis tareas apostólicas hasta mejor ocasión, porque convulsionada la provincia como estaba, era imposible toda iniciativa.

Truncadas así mis ocupaciones espirituales, me retiré á mi prefectura en Santa Rosa, para atender á mis obligaciones particulares, y de la prefectura, esperando mejor oportunidad para emprender nuevos trabajos.

Efectivamente, el 20 de Febrero del 94 concluyó la lucha en esta provincia con el recibimiento del mando de ella por V. E.; pero las voces de nuevas complicaciones se repetían con más insistencia, porque un partido poderoso no estaba conforme con la realizada elección.

Sin embargo, bajé á Santa Fe para sondear el estado de la situación, pues no podía resignarme á perder otro tiempo precioso para mis tareas; después de un ti-

tubeo de varias semanas me resolví mandar tejas francesas y madera (cal ya tenía), diciendo: Si algo sucede, esto no se perderá.

Felizmente nada sucedió, y el 14 de Abril del mismo año marché segunda vez de Santa Fe con cuatro albañiles y peones para proseguir la obra del templo á costa de cualquier sacrificio hasta techarlo. Después de cuatro meses de ruda tarea lo di por realizado el 13 de Agosto del 94.

Llegado el templo á esta altura traté el revoque interior, y faltándome los recursos para los demás, di por el momento por terminados los trabajos.

No describiré aquí todas las peripecias de este segundo trabajo; porque son las mismas de las que hablé más arriba; sólo sí diré, que esta vez tuve que hacer hasta de peón para cuidar los animales, que me habían prestado para el trabajo de acarreo de materiales. No porque no tuviese peones aun para este trabajo, sino porque al menor descuido se me iban á la querencia; se me interrumpía el trabajo, perdía el tiempo y dinero, que es muchas veces lo que quieren esa clase de gente.

IX

Bendición de San Antonio de Obligado

Cuando creía descansar y recobrar en algo mis fuerzas físicas, ya demasiado fatigadas, por las continuas agitaciones que producen en nuestro ser tales tareas, recibí una comunicación del P. Hermes Constansi, diciéndome que el templo de San Antonio de Obligado estaba listo para inaugurarse, y de consiguiente que podía bendecirse cuando yo determinara y abrirse al culto católico.

¡Pobre Padre misionero! ¡Cuántas penurias, necesidades y abnegaciones había pasado para dar cima á su ideal! ¿Cómo había llevado el cinc y la cal á esas alturas en pleno desierto? ¿Habrá tenido bajeles, y vía férrea aérea? No lo sé; pero si sé que ha concluido un templo de treinta y seis metros de largo, ocho de ancho, techado de cinc con tejuela abajo, revocado y pulido por dentro y fuera, con una torre de veintiocho metros de altura, en cuya cumbre se ostenta una cruz vencedora del mundo y de las pasiones; que este templo es de estilo gótico, y que su valor no baja de treinta mil nacionales. Esto es lo que sé.

¿Pero de dónde habrán salido esos recursos? ¿Cuál habrá sido esa mano tan pródiga, para hacer que el misionero haya podido hacer oír el tañido de los bronces sagrados á aquellas selvas solitarias y bosques sombríos, y despertarlas á nueva vida, á la vida de la civilización cristiana?

La caridad, excelentísimo señor, y abnegación franciscana basadas en una pobreza evangélica: rica en tesoros y en recursos, regada con aquella sentencia del Apóstol: *Tamquam nihil habentes et omnia posidentes*; y el corazón del cristiano siempre abierto á obras generosas, cuando ve apóstoles pobres y abnegados como el misionero franciscano, sacrificarse en bien de la humanidad y de la Religión.

Sí, excelentísimo señor, nada creará; sin embargo es así: á ciento treinta leguas al Norte de Santa Fe, en la despoblada zona del Chaco Austral, está sepultado un

misionero que lleva la divisa del Serafín de Asís; olvidado de los hombres, menos de Dios. Una alta cruz de madera indica el lugar donde este misionero, el año 84, celebraba los santos misterios de nuestra Religión bajo una carpa, rodeado de trescientos indios recién traídos del desierto: unos pasos más allá, una decente capilla provisoria, á cuyo lado se levanta el templo de que hablamos.

Sí, ese misionero de sesenta y seis años de edad, cubierto de polvo, quemado por el sol, sediento, rendido por el cansancio, pero no quebrantado su espíritu, venciendo un sinnúmero de dificultades, va á abrir las puertas de un nuevo templo á nuestro Dios, verdadera hazaña de heroísmo de las Misiones franciscanas. Este templo es de nuestra Reducción de San Antonio de Obligado, y el que va á inaugurarse el 18 de Noviembre por haberlo así determinado.

Templo de San Antonio de Obligado

Este templo construido por el P. misionero franciscano Fr. Hermes Constansi, mide 36 metros de largo, 9 de ancho, 11 de alto, con una torre de 28 metros. Es de estilo gótico.

El techo es de cinc con tejuelas abajo. Todas las maderas para el armazón del techo, puertas, ventanas, barandillas del altar mayor y del coro han sido extraídas del Chaco.

El piso de la iglesia es de mosaico traído de la capital de la República.

Todo el edificio es sólidamente construido, no habiéndose para eso ahorrado nada.

Se empezó el año 91, y se inauguró el 18 de Noviembre del 95.

Su coste es de treinta mil nacionales. Por el momento es desnudo su interior, porque la pobreza franciscana ya dió lo que pudo; la caridad cristiana dará lo demás.

X

Confirmaciones

Para solemnizar este acto religioso, de gran importancia para la Misión, pensé administrar la sagrada confirmación en esa Reducción y poblaciones vecinas, teniendo para esto facultades especiales del Diocesano. A este efecto se lo comuniqué al P. Constansi, mandándole un mes antes tres sacerdotes franciscanos, para que unidos á él, y divididos en diversos centros de población, instruyesen á los niños en la doctrina cristiana y deberes de la Religión, y así recibiesen con mayor preparación el santo Sacramento.

El 1.º de Noviembre salí de Santa Fe en dirección á nuestra Reducción de la Purísima Concepción de Reconquista; y el 5 del mismo mes salí acompañado del P. misionero Celso Ghio, en un tálburi para San Antonio de Obligado.

La mañana era fresca; las sementeras de linó, trigo y maíz revivían; los bosques ostentaban su vigorosa vegetación, animados por la abundante lluvia que había caído el día antes.

Todo es majestuoso, todo es sublime en esta altura; la fertilidad de un suelo virgen, la presencia de esos

bosques seculares, donde reina el soberbio y siempre verde quebracho colorado y blanco, el Juayabí, el precioso tatané, el timbó blanco y colorado, el mora y el mistol y las esbeltas palmeras, despierta la imaginación del viajero, y le lleva con la memoria á aquellas edades primitivas en que un Dios con su brazo poderoso descubría del seno de la *nebulosis* aquella asombrosa fauna que con maravilla nos describen los más profundos naturalistas.

Extasiado por tanta belleza, no me apercibía de la molestia del viaje, y del tic tac del tilburi que había maltratado mi espinazo: finalmente divisé á lo lejos un establecimiento de campo, y dije entre mí: Ahí aproaré quieran ó no quieran las olas, y pasaré ahí la noche y descansaré. Por mi ventura había sido un antiguo amigo mío D. Manuel Viscih; la acogida fué, pues, benévola, y la conversación abundante, acordándonos de otros tiempos felices.

Al amanecer, entre gorjeos de hermosas avecillas, sólo propias de estos parajes, seguí mi viaje, siempre admirando la riqueza de este suelo privilegiado; otras, el gran porvenir que Dios ha reservado á esta generosa provincia de Santa Fe, hasta llegar al río Amores.

Este distintivo siempre había excitado en mí alguna curiosidad por lo particular de su nombre; por lo que pregunté á algunos buenos campesinos el significado ó el por qué de ese poético nombre. No pudiéndome dar una contestación satisfactoria, lo recorrí por ver si podía descubrir en él paradero ó algo semejante de aquellas ninfas que jugueteando en límpidas y cristalinas lagunillas encantaban con sus gracias al guerrero cristiano, así como lo describe el Tasso en su *Gerusalemme liberata*.

No hallando en él nada de particular, me dije: Es un riacho cualquiera; adelante.

En un abrir y cerrar de ojos me puse en la cumbre de una preciosa meseta, que debía poner fin á mis anteriores emociones.

En efecto, aquí la naturaleza cambia de aspecto: la primera se halla en su estado natural, vigorosa y robusta; en ésta está modificada por el genio del hombre, engalanada por el arte y la ciencia. Me hallaba con el pie en la colonia Ocampo. Desde ese lugar se domina el soberbio ingenio de azúcar de Ocampo Semanés, con su no menos admirable destilador; hacia el Sud, una elevada chimenea me dice que el genio del hombre está en su completa actividad: es el ingenio de Tacuarandí, de más ó menos dimensiones que el primero. Al Norte la destilería de los Sres. Griet Hermand, y á pocas cuadras de nuestra Reducción el ingenio del señor Enrique Kropf. En el centro de este foco de actividad humana se encuentra nuestra Reducción de San Antonio de Obligado.

La inauguración del templo se realizó, como digo, el 18 de Noviembre, siendo los padrinos de ella el ministro de gobierno Dr. D. Pedro Alcácer y la Sra. Beranda de Croix.

La bendición de este nuestro templo fué solemnísima; pues se hallaban presentes cinco sacerdotes misioneros franciscanos, concurrida por cerca de tres mil personas. No se omitió trabajo para que todo estuviera en orden, y en bien de la Religión y de las almas se

predicó varias veces en el día la divina palabra á la muchedumbre, que la ansiaba; se rebautizó á dos niños protestantes; se dió la comunión á ciento cincuenta niños y niñas; se confesaron trescientos; y se administró el sacramento de la Confirmación á 630.

Concluida nuestra Misión en San Antonio de Obligado, me dirigí, acompañado del P. misionero Fr. Fermín Crovella, á la colonia Ocampo, donde hacía un mes tenía un sacerdote misionero, Fr. Ignacio Scapillati, para que me instruyera á los niños.

El 21 estaba en ella; hicimos cincuenta comuniones de niños, ciento cincuenta de confirmaciones, y cincuenta comuniones de adultos.

En seguida apresuré mi marcha de vuelta, pues en el camino pensaba administrar la Confirmación y predicar la divina palabra, como lo realicé, parándome varias veces, escogiendo el lugar donde hubiese más familias reunidas, y á donde pudiesen allegarse las más lejanas.

El 1.º de Diciembre me hallaba, ya cumplida mi Misión, en Santa Fe para presentar á V. E. varios reclamos pertenecientes á la nueva marcha de las Misiones. Excelentísimo señor: nuestros enemigos proclaman que la fe está muerta en el mundo, y que la Religión ha llegado á su ocaso. ¡Vanos deseos! La Religión vive todavía en el corazón del hombre, vive en las populosas ciudades, y vive en la inmensidad de los desiertos. Es penosa, no hay duda, la misión del apostolado; pero también ¡cuán consolador es el ver que Dios fecundiza sus sudores! Sí, cuando el misionero, después de largas fatigas, de penosas privaciones, llega al término de su viaje, se encuentra rodeado de numerosas almas ansiosas de oír la divina palabra, y que ésta cae en sus corazones como benéfico rocío que los vivifica; entonces todo lo olvida, cobra nuevos bríos su apostolado, y le alienta el tomar parte en las batallas del Señor; bendice la mano que le envió tales padecimientos, recompensados con iguales satisfacciones y lleno de entusiasmo exclama: La Religión no ha muerto, la sangre del Calvario riega también estas regiones desiertas. Dando por terminado momentáneamente mi misión, avanzando los calores del estío, me retiré á nuestra Reducción de Santa Rosa, asiento de la prefectura, para atender á mis múltiples ocupaciones particulares y prepararme con todos los datos necesarios de la Misión, para el Capítulo que iba á celebrar en nuestro apostólico Colegio de San Carlos en San Lorenzo, el 14 de Mayo del 95, para nombrar nuevo Superior de dicho colegio. Pasado este acto religioso, pensé de nuevo en reunir recursos, para concluir el templo de nuestra Reducción de San Martín.

XI

Prosecución de este templo

El 26 de Septiembre del 95 empecé de nuevo los trabajos de este edificio, á saber: de la sacristía y contra sacristía, y las torres que debían hermosear la fachada de ese templo: después de cuatro meses de crudas tareas, el 13 de Enero del 96 vi concluida la primera torre de 30 metros de altura, revocada y blanqueada,

con su cruz y hermoso para-rayos en la crestar regalado éste por el caballero santafecino D. Juan Parma: faltábame la segunda torre y también los recursos. Para aunarlos pensé inaugurarlos nombrando padrinos á V. E., su ministro D. Pedro S. Alcácer, al vicegobernador Dr. D. Eliseo Videla, D. Sebastián Puig, nuestro síndico Dr. Julio Busaniche, Sr. D. Aniceto López, D. Juan Parma y á D. Ignacio Crespo, con sus nobles y respetables señoras de madrinas.

Formé al mismo tiempo un bazar, para el mismo objeto, lo que secundado eficazmente por las principales familias de Santa Fe colonia Helvecica y de la misma Reducción, resultó de suma importancia para el fin que me proponía.

Estando todo listo para su inauguración, determiné que ésta tuviese lugar el 1.º de Mayo de 1896.

(Se continuará).

sen dignos de admiración por el mero hecho de ser frailes, ó si el carácter religioso que ostentan no les hiciese acreedores al saludo que no se niega al soldado que muere en defensa de la patria y sin arriar su bandera.



Roma.—LA SALUD DEL PAPA.—Un día del próximo pasado mes, el Padre Santo, estando cansado, se abstuvo de celebrar el Santo Sacrificio. Esto hizo creer que estaba enfermo de alguna gravedad, pero no había otra cosa que aquel cansancio, propio de la edad avanzada y de los grandes calores estivales.

Ciertamente, la salud del Papa necesita grandes cuidados, y por esta razón, en la tarde del 29 de Junio último, Su Santidad se abstuvo de subir, como hacía todos los años, á la Basílica Vaticana para orar sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, con las puertas de la Basílica cerradas. Esto le fué aconsejado por su médico, precisamente para que no se expusiera á una notable variación de temperatura, pues sucede que en la Basílica de San Pedro hace gran fresco en verano.



EL ETNA.—Atravesamos un bosque raro que siempre ha crecido en la lava... (Pág. 359)

CRÓNICA

España.—Toda la prensa, aun la más liberalizada y la que más guerra ha hecho á la gestión de las Comunidades religiosas en Filipinas, ha publicado un telegrama de Hong-Kong, que dice así:

«Los frailes Agustinos y Franciscanos pelean bravamente, ocupando las más difíciles posiciones.»

Ni un elogio, ni una palabra que pueda redundar en favor de aquellos heroicos defensores de la Religión y de la patria, se deja traslucir en el relato que acabamos de hacer, contentándose todos los periódicos liberales con exponer la noticia á secas, como si los bravos Religiosos que supieron trocar el Breviario por la espada cuando las necesidades de la patria lo reclamaron, no fue-

Puede, pues, asegurarse que el Padre Santo está bien, celebra cada mañana la Misa en presencia de muchos personajes notables italianos y extranjeros, y todos los días concede audiencias.

Las noticias de la guerra de España y de los Estados Unidos le impresionan mucho, hasta el punto de que, según telegrafían, hubo necesidad de ocultarle primero, y después darle con precaución la noticia de la pérdida de la escuadra de Cervera.



Filipinas.—OPINIÓN RESPETABLE.—El editor de la *Catholic Press* de Sydney, pidió y obtuvo una entrevista del cardenal Monaco, en la que ofrece especial interés su apreciación sobre las islas Filipinas. Como historiador y gran conocedor de los asuntos del mundo, las opiniones de Su Eminencia son de gran importancia.

«La rebelión en Manila valía poco; ha sido excitada por los enemigos de España, que ansiaban distraer su atención de Cuba. El

dinero y las armas repartidas por los Estados Unidos son causa de que la rebelión haya prendido en Filipinas. De las investigaciones que he llevado á cabo sobre Filipinas, he hallado que era hasta el día de hoy uno de los países más dichosos de la tierra. Me refiero á la paz doméstica y á la dicha que prevalece entre la gran masa del pueblo.

«Hace poco tiempo leía en una obra de un protestante inglés, que había recorrido la mayor parte de las colonias inglesas, que no hallaba una sola en la que la dicha y bienestar general puedan compararse con la dicha y el bienestar de la gran masa del pueblo de Filipinas

«—Esto será nuevo para muchos, manifestó el periodista.

«—La razón de esto es, dijo el Cardenal, que había poco comercio con países extraños, excepto España, pues el país produce cuanto se puede desear en la mayor abundancia. La indigencia allí no se halla en ningún lado. Lo que se llama miseria era desconocido en todo Filipinas. En las varias colonias de Inglaterra, la población, especialmente la indígena, decrece considerablemente. Así ha sucedido en Tasmania y en toda Australia, y ahora vemos que está pasando en las islas Fiji y en otras colonias. En Filipinas tenemos el reverso de la medalla. Hace cien años la población subía á 3.500.000, y hoy es de cerca de 6.000.000, de los que 5.500.000 son católicos, y sólo son paganos unos 500.000. Paganos son unos cuantos naturales que se retiraron á los montes y nunca han podido ser civilizados.

«El viajero americano Roberto Mac-Micching atestiguaba hace pocos años que en sus observaciones se había convencido de que la Religión en el pueblo y en el clero florecía en toda su pureza.»



Lyón.—Una persona desconocida acaba de hacer un cuantioso donativo á una Misión del Africa. A continuación publicamos la carta en que muestra el misionero su profundo agradecimiento al generoso bienhechor:

«Unido hace ya largos años con el cuerpo, y más aún con el alma, á mi querida Misión y á mis desgraciados negros, he sentido estremecerse mi alma henchida de júbilo, al saber que acaban de regalarme una importante cantidad para el desarrollo de mis apostólicas empresas.

«Levanté al cielo mis ojos para dar gracias á Dios, que escucha las súplicas de los que le invocan, y después mi primer pensamiento fué coger la pluma y mostrar á este desconocido donante la vivísima gratitud que siente mi corazón de misionero; pero al ir á trazar los rasgos primeros, resté perplejo sin saber qué partido tomar: ¿á quién dirigir la carta? ¿cómo escribirla? Dirigí una suplicante mirada al Crucifijo, y acto continuo inspiróme la respuesta más sencilla y á la par la más verdadera: es á un alma cristiana á quien me dirijo, pues sólo un alma eminentemente cristiana es capaz de dar escondiendo la mano, y de esconderla tan cuidadosamente cuanto ha sido abundante su limosna.

«En presencia de un alma de ese temple, ¿por qué ocuparme en largas y estériles muestras de agradecimiento, que por profundas y sinceras que sean, no pasan de ser cosa de valor bien escaso, efímera recompensa?

«Resolví, pues, que lo mejor que hacer podía, era dejarlo en las manos de Dios, quien no dejará, cuando sea su debido tiempo, de recompensar tanta generosidad con una dicha que excede á toda esperanza y que jamás tendrá fin.»



China.—El P. Dumond, lazarista, misionero en el Pe-Tche-Ly Septentrional, escribe desde Pao-Torig-Fou:

«Diez años han transcurrido ya desde mi llegada á la China. El Ilmo. Favier acaba de encargarme de la parte Sudoeste del vicariato apostólico del Pe-Tche-Ly Septentrional. Este distrito, llamado Pao-Ting-Fou, tiene 11.000 cristianos, 9 misioneros, 6 residencias y unas 160 cristiandades.

«Es la parte del vicariato donde el movimiento favorable al Catolicismo ha tomado mayor incremento. Todos los años suman varios centenares las conversiones de adultos. Este año los bau-

tismos pasaron de 500, y cosecha mucho más abundante prepárase para el próximo 1897. Después de Dios, debemos estos adelantos á la intercesión del Bienaventurado Perboyre. Como prueba de nuestro agradecimiento el Ilmo. Favier he decidido levantar una iglesia en el pueblo de Toung-Lu, lugar en el cual inicióse el movimiento de conversiones con la aparición de una gran cruz cuando sufrió el martirio dicho Bienaventurado. Pero al iniciarse el proyecto, tropezamos con una grave dificultad: el Ilmo. Favier sólo puede darme para la realización de la misma, 3.000 francos, y son menester 11.000 construyéndola con la mayor sencillez.

«El pueblo de Toung-Lu contiene más de 800 cristianos, y por capilla tiene unos miserables cobertizos.

«En Pao-Tin-Fou reside el virrey de Pe-Tche-Ly, pues no puede residir en Pekín, que es la ciudad imperial. Mantenemos constantes relaciones con los mandarines que me visitan, y á su protección debemos que nuestra influencia se extienda entre los paganos, y reduzca á los catecúmenos. Pobre es la residencia provisional, y se levanta fuera del pueblo al pie de la muralla. Es preciso que entremos en el recinto de la población; los protestantes cuentan ya con tres establecimientos; los mandarines instan para que nos establezcamos; varios terrenos están en venta; contamos ya con una pequeña casa que sirve para hospital de las Hijas de la Caridad; pero para ello necesitamos 2.000 francos como mínimo, y el Ilmo. Favier no puede aprontar tan crecida suma.

«Nada quiero decir de otras necesidades de mi distrito, que procuro atender en cuanto alcanza la cantidad que tan generosamente nos destina la Obra de la Propagación de la Fe; pero atrevome á suplicar que se acuerden de estas dos urgentes necesidades de que he hablado antes, las personas caritativas que anhelan ver crecer y propagarse el reinado de Dios sobre la tierra.»

—Un telegrama publicado por el *Daily News*, fechado el día 8 del corriente, anuncia que los rebeldes de la China Septentrional han atacado á las Misiones católicas y protestantes establecidas en Shig-Chig-Fou. En Yun-Chong y en las regiones comarcanas han estallado desórdenes gravísimos. Un sacerdote católico, francés, ha sido hecho prisionero por los rebeldes, que exigen una cantidad de 10.000 tael por su rescate. En los combates que se han librado han perdido la existencia millares de indígenas; la situación es tan crítica, que los cónsules extranjeros, en su inmensa mayoría, han solicitado de sus respectivos Gobiernos el envío de buques de guerra que puedan, en determinados momentos, auxiliar á los súbditos extranjeros.



Pondichery (Indostán).—El P. Dawas, de las Misiones extranjeras de París, escribe desde Chetput con fecha 20 Mayo de 1898.

«Lleno el corazón de la gratitud más sincera, tomo la pluma para manifestar á las generosas almas que han venido á mi auxilio en los horribles tiempos que transcurren.

«¡Ah! ¡Cuán triste es el cuadro que tengo ante mis ojos! Las puertas de mi aposento vense asediadas por estos infelices. Hoy, después del santo sacrificio de la Misa, encontré un paralítico tendido en el suelo. Hace ya más de ocho años que sus piernas restan sin movimiento alguno, viéndose precisado á arrastrarse penosamente valiéndose de las manos; así es como ha llegado hasta mí, debiendo para ello andar unos 10 kilómetros. Su infeliz esposa, cargada con cuatro hijos, debe con el miserable jornal (4 sueldos) sostener toda la familia. Actualmente, como en parte alguna encuéntrase trabajo, están obligados á guardar abstinencia la más completa. Al lado del paralítico vese una pobre viuda, arrodillada, teniendo á su lado dos hijitos, ángeles de dos y cuatro años respectivamente. Ambos son verdaderos esqueletos vivientes.

«Un cristiano recién convertido espérame con marcadas muestras de impaciencia. Encuéntrase en la más absoluta miseria, y su esposa, madre hace tres días, guarda cama, sin que en tan críticas circunstancias que requieren especial cuidado, tenga la mujer no ya la asistencia debida, pero ni siquiera algo con que alimentarse.

«A pocos pasos de distancia veo un niño de seis años, cuyo rostro siempre alegre, reflejaba hoy la tristeza más profunda.

«—Pedro, le dije, ¿qué tienes?

«Miróme sin contestar á mi pregunta, pero la abatida expresión de sus amortecidos ojos decía más que cuanto pudieran expresar sus palabras.

«—Respóndeme, ¿comiste ayer noche?

«—Hace dos días que en mi casa no tenemos nada absolutamente.

«Más lejos 50 ó 60 personas me aguardan para pedirme trabajo. Sólo puedo ocupar cinco ó seis hombres. Los restantes márchanse con el corazón destrozado por la tristeza, y se dispersan para buscar en los campos hojas, frutos salvajes, raíces con que si no alimentarse consigan adormecer el hambre.

«Estos cuadros desarróllanse ante mis ojos y renuévanse cada día. ¡Qué dolor para mí el verme imposibilitado de socorrer tanta desgracia! los recursos se han agotado... Muchas veces hablando conmigo mismo, hágame la siguiente reflexión: El compasivo Jesús no debe repetir el milagro de la multiplicación de los panes en favor de estos nuevos cristianos; y entonces oigo una voz interior que me dice: «Hombre de poca fe, ¿no vez el milagro de la multiplicación de los panes establecido podríamos decir de un modo permanente, en los donativos que de todas las partes del mundo van á parar al Boletín de *Las Misiones Católicas*?»



India.—El Consejo legislativo de Bengala anunció oficialmente el día 1.º de Mayo la aparición de la peste en Calcuta. Añade que parece ha sido importada por los ratones que anidan en los buques y por los viajeros que vienen de Bombay.

En la antedicha fecha habían ocurrido 26 invasiones, seguidas de 12 muertes.

Otros telegramas de Bombay, dan cuenta de haberse insurreccionado el 30 de Abril los indígenas de Garshanker, provincia de Orkba, contra las medidas que tomó el Gobierno para impedir la propagación de la epidemia.

La policía fue acometida á pedradas por la multitud, y de lo alto de todas las casas arrojaban proyectiles contra ella. Vióse obligada á hacer fuego, matando 9 indígenas é hiriendo 17; la policía tuvo 26 agentes heridos.



Noticias varias.—ASOCIACIÓN PARA SOCORRER Á LOS PASTORES PROTESTANTES CONVERTIDOS.—Hace cuarenta años encontréme con el anciano canónigo Roeth, en aquel entonces uno de los más importantes conversos, cuyo afligido semblante mostraba que su ánimo era presa de viva y profunda emoción. Preguntéle la causa, y contestóme diciendo que venía de visitar á un ministro anglicano con el cual había sostenido animada discusión sobre los artículos de la santa fe católica, y que el protestante hubo de acabar mostrándose conforme en un todo á lo que la Iglesia enseña, que era lo que defendía el canónigo.

—Admitiendo, pues, como admitís todas las verdades que la Iglesia enseña, ¿por qué no abjuráis el Protestantismo?

—Amigo mío, contestóme el pastor inclinando tristemente la cabeza, mis fuerzas no llegan á tanto; tengo esposa y ocho hijos: si esto hacía, todos restarían sumidos en la más espantosa miseria.

Obstáculo es este cuya importancia nadie se atreverá á negar, y que puede impedir ó retardar muchas conversiones. Ciertamente es que muchas veces vemos almas esforzadas que nada les detiene su camino. Su conciencia les dicta que la Iglesia católica es la única guardadora fiel de la verdad, y ellas lo sacrifican todo á trueque de poseerla.

Varios son los pastores que han renunciado al crecido lucro que su título les proporcionaba, viendo trocarse su desahogada, y á veces opulenta posición, por una vida llena de privaciones.

El paternal corazón de nuestro gran Pontífice León XIII conmovido á vista de las grandes privaciones y sufrimientos de estas víctimas del deber, inició la idea de fundar una benéfica Asocia-

ción con el fin de socorrerlos. El cardenal Vaughan aceptó gustoso la presidencia.

La segunda reunión anual de los miembros de esta Asociación, digna de elogio por muchos conceptos, tuvo lugar á fines del pasado Abril en el palacio arzobispal de Westminster. Atendiendo el poco tiempo que desde su fundación ha transcurrido, su actual estado, dista mucho de ser desagradable. Las entradas durante el año 1897 suman 1,250 libras esterlinas (31,250 fr.), y los socorros distribuidos 1,205 libras. Doce pastores convertidos han reclamado su auxilio, habiendo socorrido á diez de ellos.

REGALO ORIENTAL.—El sultán de Siak, á la sazón en Bélgica para asistir á las fiestas de la coronación de la reina Guillermina, ha hecho á ésta un regalo verdaderamente oriental.

Consiste en un hermoso colmillo de elefante, rodeado y lleno de flores y frutos de la India, que brota como cuerno de la abundancia de un grupo de rocas, al pie del cual se dibujan amuletos indios. Las rocas y los adornos son de plata maciza, y el conjunto descansa en un pedestal de terciopelo color de oro, sobre el cual y en una placa del metal precioso se lee:

«A. S. M. la reina Guillermina. Obsequio y homenaje de respeto de Jang di Pertocan César Sharif Hassim Abdul Djalil Sjaifoedin, sultán de Siak Sri Indrapoera.—20 Junio 1898.»

¡CUÁNTO JUDÍO!—Según datos de buen origen y que deben tenerse por fidedignos, el número actual de judíos en el mundo excede de ocho millones, cifra la mayor que han alcanzado hasta el día.

Europa cuenta con 6.415,000; Africa, 800,000; Asia, 620,000; Australia, 120,000, y América, cerca de 800,000, de los cuales están esparcidos en las ciudades de Nueva-York, Brooklyn, Newark y Hoboken, situadas á la embocadura del Hudson. Chicago, la segunda de los Estados Unidos, cuenta más de 100,000 judíos; Marruecos, 250,000, y Abisinia otros tantos.

Sin embargo de su número, relativamente pequeño, podemos asegurar que la raza maldita influye en los destinos públicos y hasta en la suerte de los Gobiernos de la mayor parte de los pueblos *civilizados á la moderna*.

UNA TRIBU QUE SE CONVIERTE.—Según noticias recibidas de Roma, la tribu de Genelón, en el Kurdistán, imbuida en la antigua herejía nestoriana, se apresta á abjurar de sus errores para ingresar en la Iglesia católica. El jefe de esta tribu, Benjamín Warda, ha estado en Roma á pedir, en nombre de sus *tres mil* súbditos, que le envíen misioneros, á fin de enseñarles la fe romana.

La Congregación de *Propaganda Fide* acogió benignamente los deseos de dicha tribu, aprestándose á secundarlos, y se espera que su ejemplo tendrá muchos imitadores en todo el Kurdistán.

VARIEDADES

EL ETNA

De tiempo en tiempo se le apercibe entre dos montañas, coronado con la nube inmóvil de los vapores salidos del cráter. A nuestro alrededor el suelo es obscuro, de un color de bronce. El tren corre sobre un río de lava.

Sin embargo, el monstruo está lejos; á 36 ó 40 kilómetros quizás. ¡Oh! ¡Ahora se ve qué enorme es! De tiempo en tiempo ha vomitado por su garganta enorme y desmesurada una oleada ardiente de betún, que, deslizándose por sus pendientes, ya suaves, ya rápidas, llenando los valles, enterrando á las aldeas, ahogando á los hombres cual si fuera un río, ha venido á extinguirse en el mar, que retrocede ante ella.

Esas oleadas lentas, pastosas y rojas que se han

vuelto obscuras al endurecerse, han formado derrumbaderos, montañas, barrancos, y han extendido en torno del inmenso volcán una región negra y estrafalaria, resquebrajada, abollada, tortuosa, sin un parecido, dibujada por el azar de las erupciones y la horrible fantasía de las lavas candentes.

El Etna permanece á veces tranquilo durante siglos: sólo sopla hacia el cielo el humo pesado de su cráter. Entonces las lavas de antiguas coladas se pulverizan bajo las lluvias y bajo el sol, se transforman en una especie de ceniza de tierra arenosa y negra, donde crecen olivos, naranjos, limoneros, granadas, viñas, cosechas.

Nada de más verde, de más hermoso, de más encantador que Aci-Reale, que está allí en medio de un monte de naranjos y olivos. Después, se percibe á veces á través de los árboles, una nueva y ancha ola negra que ha resistido al tiempo, que ha conservado las formas de todos sus hervores, contornos extraordinarios, apariencias de bestias abrasadas, de miembros torcidos. Allí está Catania, una vasta y bella ciudad, construida, toda ella, sobre la lava. Desde las ventanas del Gran Hotel descubrimos toda la cima del Etna.

Antes de subir, escribamos su historia en algunas líneas.

Los antiguos hacían de él el taller de Vulcano. Píndaro describe la erupción de 476, pero Homero no lo menciona como volcán. Sin embargo, ya antes de la época histórica había obligado á los *sicarios* á huir lejos de él. Se conocen próximamente 80 erupciones.

Las más violentas fueron las de 396, 126 y 122 antes de Jesucristo; después las de 1169, 1329, 1537, y, sobre todo, la de 1669, que arrojó de sus habitaciones á más de 27,000 personas, é hizo morir á gran número de ellas.

Entonces fué que surgieron bruscamente de la tierra dos altas montañas, los montes Rossi.

Una erupción acompañada de un terrible temblor de tierra destruyó en 1693 á más de 40 ciudades, y enterró bajo sus escombros á casi cien mil personas. Otra erupción causó nuevos y horrendos destrozos en 1755. Las de 1792, 1843, 1852, 1865, 1874, 1879 y 1882 fueron igualmente violentas y mortíferas. Las lavas se lanzan unas veces del gran cráter; otras veces abren salidas de 50 á 60 metros de largo en los flancos de la montaña y se escapan por estas grietas corriendo hacia la llanura.

El 26 de Mayo de 1879, la lava, que en un principio saltó del cráter de 1874, brotó pronto de un nuevo cono de 170 metros de alto, elevado por su esfuerzo á una altitud de 2,450 metros aproximadamente. Descendió rápidamente, atravesando el camino de Dinguaglossa á Rendazzo, y se detuvo cerca del río de Alcántara. La superficie de esta colada es de 22,860 hectáreas, aun cuando la erupción no haya durado más de diez días.

Durante este tiempo el cráter de la cumbre sólo lanzaba vapores espesos, arenas y cenizas.

Gracias á la excesiva complacencia de M. Ragusa, miembro del Club-Alpino y propietario del Gran Hotel, hicimos con extrema facilidad la ascensión de este volcán, ascensión un tanto fatigosa, pero que no encierra ningún peligro.

Un coche nos condujo por de pronto á Nicolosi, á través de campos y de jardines llenos de árboles que han

brotado en la lava pulverizada. De tiempo en tiempo se atraviesan enormes coladas que corta la incisión del camino. Y en todas partes el suelo es negro.

Después de tres horas de marcha y de ascensión lenta, se llega á la última aldea en el pie del Etna, Nicolosi, situado ya á 700 metros de elevación y á 14 kilómetros de Catania.

Allí se deja el coche para tomar guías, mulas, abrigos, medias y guantes de lana, y se vuelve á partir.

Son las cuatro de la tarde. El ardiente sol de los países orientales cae sobre esta tierra extraña, la calienta y la quema. Las bestias caminan lentamente, con un paso anonadado en el polvo que se levanta á su alrededor como una nube. La última, que lleva los paquetes y las provisiones, se detiene á cada instante y parece desolada por la necesidad de volver á hacer otra vez aún este viaje inútil y penoso.

Ahora se ven en torno nuestro las viñas, viñas plantadas en la lava, las unas jóvenes, las otras viejas. He ahí después una landa de lava cubierta de plantas en flor, una landa de oro; más tarde atravesamos la enorme ola de 1882, quedamos absortos ante este río inmenso, negro, inmóvil, ante este río hirviente y petrificado, venido de allá arriba, de la cumbre que echa humo, lejos, muy lejos, á 20 kilómetros quizás. Este río ha seguido por los valles, ha costado por los picos, ha atravesado llanuras, y ahora, helo ahí, cerca de nosotros, detenido de pronto en su marcha al extinguírsele su fuente de fuego.

Subimos dejando á la izquierda los montes Rossi, y descubrimos sin cesar otros montes innumerables, que los guías llaman los hijos del Etna, y que han crecido al rededor del monstruo, que lleva así un collar de volcanes. Son aproximadamente 350 estos negros hijos del abuelo, y muchos de ellos alcanzan la talla del Vesubio.

Atravesamos ahora un bosque raro (*véase el grabado de la pág. 356*), que siempre ha crecido en la lava, y de pronto se levanta el viento. Es primero un soplo brusco y violento al que sigue un momento de calma, después una ráfaga furiosa apenas interrumpida, que levanta y arrastra una nube espesa de polvo.

Nos detenemos detrás de una muralla de lava para esperar, y allí nos quedamos hasta la noche.

Por fin, es preciso partir aun cuando continúe la tormenta.

Y poco á poco nos invade el frío, ese frío penetrante de las montañas, que hiela la sangre y paraliza los miembros. Parece estar escondido, emboscado en el viento; pica los ojos y muerde la piel con su mordedura helada. Vamos envueltos en nuestros abrigos, blancos como los árabes, con los guantes en las manos, cubierta la cabeza por el capuchón, y dejamos marchar á nuestras mulas, que se siguen, tropezando, por el sendero escabroso y oscuro.

He ahí por fin la casa de Bosco, especie de choza habitada por cinco ó seis leñadores.

El guía declara que es imposible ir más lejos, debido al huracán, y pedimos hospitalidad para la noche. Los hombres se levantan, encienden un fuego, y nos ceden dos escuálidos jergones que no parecen tener más que pulgas.

Toda la caballada tiritita y tiembla bajo las sacudidas

de la tempestad, y el aire pasa con furia por las tejas mal unidas del techo.

No veremos el levantar del sol desde la cumbre de la montaña.

Volvemos á partir después de algunas horas de reposo sin sueño. Ha venido el día y el viento se calma.

A nuestro alrededor se extiende ahora un paisaje negro y accidentado, que sube dulcemente hacia la región de las nieves, que brillan enceguedoras al pie del último cono, de 300 metros de elevación.

Aun cuando el sol se levanta en medio de un cielo todo azul, el frío, el frío cruel de las grandes cimas, nos adormece los dedos y nos quema la piel. Una detrás de la otra nuestras mulas siguen lentamente el sendero tortuoso que orillea todas las fantasías de la lava.

He ahí la primera llanura de nieve. Se la evita con un rodeo, pero pronto la sigue otra que es menester atravesar en línea recta. Las bestias vacilan, la tantean con el pie, avanzan con precaución. De pronto tengo la sensación brusca de que me hundo en el suelo, las dos patas delanteras de mi mula, rompiendo la costra que las sostenía, han penetrado hasta el encuentro. La bestia se debate enloquecida, se levanta, se hunde de nuevo con las cuatro patas, vuelve á levantarse aún, y siempre para volver á caer.

Las otras hacen otro tanto. Debemos saltar á tierra, calmarlas, ayudarlas, arrastrarlas. A cada instante se sumergen así hasta la barriga en esa espuma blanca y fría, donde también penetran nuestras piernas, hasta las rodillas á veces.

Entre estos espacios de nieve que se aglomeran en los valles, volvemos á encontrar la lava; grandes llanuras de lava semejantes á inmensos campos de terciopelo negro que brillan al sol con tanto esplendor como la nieve misma. Es la región desierta, la región muerta que parece estar de duelo, muy blanca y muy negra, enceguedora, horrible y soberbia, inolvidable.

Después de cuatro horas de marcha y de penosos esfuerzos, llegamos á la *Casa Inglesa*, pequeña casa de piedra, rodeada de hielo, casa hundida bajo la nieve, al pie del último cono que se levanta detrás, enorme y completamente recto, coronado de humo.

Es aquí donde se pasa ordinariamente la noche sobre un montón de paja, para ir al borde del cráter á ver levantarse el sol.

Dejamos nuestras mulas y comenzamos á atravesar esa espantosa muralla de ceniza endurecida que cede bajo el pie, donde uno no puede asirse, sujetarse á nada, donde uno vuelve á descender un paso sobre cada tres. Y uno marcha, respirando con dificultad, sofocado, hundiéndose en el suelo el bastón forrado de hierro, deteniéndose á cada momento.

Entonces hay que plantar este bastón entre las dos piernas, para no resbalar, y volver á descender, porque la pendiente es tan rápida que uno no puede siquiera mantenerse sentado.

Se requiere algo así como una hora para atravesar esos 300 metros. Vapores de azufre nos atacan la garganta desde hace ya algún tiempo. Hemos apercibido ya á la derecha, ya á la izquierda, grandes escapes de humo que salen por las rajaduras del suelo. Hemos posado nuestras manos sobre grandes piedras ardientes.

Por fin alcanzamos una estrecha plataforma. Delante de nosotros se levanta lentamente una nube espesa, como una cortina blanca que se sube, que sale de la tierra.

Avanzamos todavía algunos pasos, con la nariz y la boca envueltas, para no ser sofocados por el azufre, y de pronto se abre ante nuestros piés un prodigioso, un horrendo abismo, que mide cerca de 5 kilómetros de circunferencia.

A través de los vapores sofocantes, se distingue apenas el otro borde de este agujero monstruoso de 1,500 metros de ancho, y cuya muralla, completamente recta, se hunde hacia el misterioso y terrible país del fuego.

La bestia está en calma, duerme en el fondo, muy en el fondo. Sólo se escapa el pesado humo, por la prodigiosa chimenea de 3,312 metros de alto.

Y en torno nuestro, todo es aún más extraño. La Sicilia entera está escondida por las brumas que se detienen en el borde de las costas, y cubren solamente á la tierra de manera que estamos en pleno cielo, en medio de los mares; arriba de las nubes, tan alto, tan alto que el Mediterráneo, que se extiende por todas partes á pérdida de vista, parece ser también el cielo azul. El azul nos envuelve, pues, por todos lados. Estamos parados sobre una montaña sorprendente, salida de las nubes y ahogada en el cielo que se dilata sobre nuestras cabezas, bajo nuestros piés, por todas partes.

Pero poco á poco se levantan al rededor nuestro las nubes diseminadas sobre la isla, que pronto encierran al volcán inmenso en medio de un círculo de nubes, de un abismo de nubes. Ahora estamos á nuestra vez en el fondo de un cráter todo blanco, desde donde no se percibe más que el firmamento azul, allá arriba, cuando se mira al cielo.

En otros días, el espectáculo es completamente distinto, según se dice.

Se espera la salida del sol, que aparece detrás de las costas de la Calabria. Estas proyectan á lo lejos su sombra sobre el mar, hasta el pie de Etna, cuya silueta sombría y desmesurada cubre la Sicilia entera con su inmenso triángulo, que se borra á medida que el astro se eleva. Se descubre entonces un panorama que tiene más de 400 kilómetros de diámetro y 1,300 de circunferencia: al Norte Italia y las islas Lipari, cuyos dos volcanes parecen saludar á su padre; después completamente al Sur, Malta, apenas visible. En los puertos de la Sicilia parecen los buques insectos sobre el mar.

Volvemos á descender por el cono rápido del cráter, ya apoyándonos en la espalda como en los piés, y pronto estamos en el espeso círculo de nubes que envuelve la cima del monte. Después de una hora de marcha á través de las brumas, lo hemos franqueado al fin, y descubrimos á nuestros piés la isla festoneada y verde con sus golfos, sus cabos, sus ciudades, y el gran mar todo azul que la encierra.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. 2'50 pesetas.
(Se continuará).

TIPOGRAFIA CATOLICA, Pino, 5, Barcelona

la cabeza, y á hurtadillas echaban miradas de cólera sobre aquel pueblo transportado de un santo júbilo. La ola popular iba creciendo: no era aquello solamente la alegría del triunfo, era una amenaza á los perseguidores de la vispera, entre los cuales reconocía la multitud á los acusadores ó los jueces de los Mártires.

—¡Sean expulsados de Roma los sacerdotes de los ídolos! ¡Afuera los que todavía hacen sacrificios! ¡Hoy mismo, César, dispóned que hoy mismo sean echados de esta ciudad!

Los clamores del pueblo hacían temblar aquellas bóvedas; palidecían los senadores; Constantino se levantó, y su voz dominó el tumulto.

Con majestad inexplicable dirigió otra vez á la asamblea palabras de moderación y de dulzura, que hicieron estallar de nuevo la ardiente alegría del pueblo, pero esta vez los vencidos del todo tranquilizado mezclaron sus aclamaciones con los gritos de los vencedores.

—¡Larga vida al César! clamaban los paganos.

—¡El que honrare al Cristo hollará á sus enemigos! repetían los cristianos.

Los sacerdotes, muy numerosos en la asamblea, elevaban sus alabanzas al mismo Cristo y exclamaban con santa alegría:

—¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!

Un gozo inefable, que el mundo apenas conoce, ensanchaba todos los corazones; la misericordia y la justicia habían vuelto á encontrarse, y parecía que en lo sucesivo nada podía turbar el reposo del universo pacificado bajo la Cruz, y que habían llegado ya los tiempos predichos por el Aguila de Patmos:

«Veo un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido. Yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén que venía de Dios y descendía del cielo, adornada como una esposa para recibir á su esposo.

«Y oí una voz fuerte que salía del trono y que decía: Hé ahí el tabernáculo de Dios con los hombres: El habitará con ellos; ellos serán su pueblo, y el mismo Dios, morando con ellos, será su Dios. ¡El enjugará las lágrimas de sus ojos (1)!»

Los sacerdotes se repetían unos á otros estas palabras que no deben cumplirse en la tierra, y elevaban al cielo nuevas voces de alegría y de reconocimiento. El Emperador saludó á la asamblea, y seguido de una inmensa muchedumbre que esparcía hojas de laurel y flores por el camino que debía recorrer, volvió á su palacio de Letrán.

Habiase extendido aquella nueva por toda la ciudad, y estando ya cercana la noche, coronas de lámparas y de antorchas iluminaban todas las calles del tránsito; el Coliseo, regado con la sangre de tantos cristianos, y las Termas de Tito, que recordaban la caída de Jerusalén, pa-

recían un ascua de fuego; en la entrada de la mansión imperial las antorchas difundían una luz semejante á la del día, y al rumor de las aclamaciones populares entró Constantino en su palacio, después de aquel acto augusto, uno de los más grandes que el hombre haya podido cumplir aquí abajo; mientras tanto los cristianos no cesaban de gritar:

—¡El que honre al Cristo triunfará siempre de sus enemigos!

Toda la ciudad se vió inundada de alegría, y desde el amanecer del día siguiente todos los sacerdotes ofrecieron el incruento sacrificio por el pacificador de la Iglesia.

Pocos días después, por disposición del Senado, se echaron los fundamentos de aquel arco de triunfo que aun hoy subsiste, y en el cual se lee esta hermosa inscripción:

A CONSTANTINO
FUNDADOR DE LA PAZ.

V

LA MUERTE

En la tarde de aquel mismo día Lea se hallaba sola con su abuelo. Hilaba una lana de color de ámbar, destinada en su secreto pensamiento á formar un día el velo de sus esponsales, mientras su abuelo con un volumen de Aulo Gelio en la mano y la cabeza inclinada sobre el papel, estaba sin leer y parecía sumergido en una profunda meditación. La frente serena y la mirada dulce y tranquila de la joven formaban cierto contraste con el aspecto del anciano, naturalmente severo, y que ahora parecía cargado de cuidados. La palidez de su rostro era mayor que de costumbre: muchas veces su nieta intentó hablarle, haciendo girar la conversación sobre los asuntos que le eran más gratos; pero apenas contestaba, reinando luego el mayor silencio. Un esclavo entró la lámpara; comenzaba entonces una larga velada de otoño, y á lo lejos se oía la confusa gritería del pueblo. Esta llamó al fin la atención de Valerio, que dijo:

—¿Es señal de que ha concluido la vendimia, la fiesta de Baco? Me parece que oigo cantar...

Interrumpióle el sonido de una trompeta: apagóse todo rumor, y una voz fuerte, la voz de un heraldó anunció el decreto de Constantino concediendo libertad al culto cristiano. Sus palabras, breves y claras, llegaron á oídos de Valerio, que se levantó con pie inseguro, mientras un inmenso clamor resonó en la calle:

—¡Larga vida al Emperador! ¡Déle el Cristo la victoria!

(Se continuará).

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

Serie de novelitas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen á las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella. — 75 cént. en rústica, y 1.25 pías. en tela. — **Espera**, por Aurora Lista. — 75 cént. en rústica, y 1.25 pías. en tela. — **Cadena de oro**, por Aurora Lista. — 1.25 pías. en rústica, y 1.75 pías. en tela. — **La firma del banquero**, por Aurora Lista. — 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Anisia ó una virgen-apóstol del siglo IV**. Novela histórica, traducida y arreglada del francés. — 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela. Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

(1) Apocalipsis, cap. xxi.

facilitado á toda clase de personas, por medio de sencillos opúsculos de controversia popular

CONDICIONES.—Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta.

| | | | | |
|---|------|-----------------------|-------------|-----------|
| " | à 4 | ejemplares mensuales. | 0'50 | cada mes. |
| " | à 8 | " " | 1 | " " " |
| " | à 12 | " " | 1'50 | " " " |
| " | à 20 | " " | 2'25 | " " " |
| " | à 50 | " " | 5 | " " " |

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Libreria y Tipografia Católica*, Pino, 5, Barcelona.

OPUSCULOS PUBLICADOS: **El pan del pobre**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista Popular*.—**¿No es hora todavía?** por id.—**De Carlos á Manuel y viceversa**, por Antonio.—**El deber de la limosna**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**De Carlos á Manuel y viceversa** (segunda parte), por Antonio.—**Sol de las almas**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**Credo, ó refugio del cristiano en los presentes tiempos** (primera parte), por Mons. Gaume.—**Credo ó refugio del cristiano en los presentes tiempos** (segunda parte), por id.—**La acción antimasonica**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**El Santísimo Rosario**, por Campazas.—**Católicos... á la moda**, por Raquel.—**Católicos de verdad**, por id.—**Guerra de frente**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**Espinas, hojarasca y flores**, por el Dr. Franco.—**La piedad al uso**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**Los fariseos**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz.—**Eucarísticas**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**Espinas, hojarasca y flores, II**, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—**La caridad puesta al alcance de todo el mundo**, por el abate Mullois. **Cómo se explota á los incautos**, por id.—**Liberalismo casero**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**Quien siembra vientos...** por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—**Espinas, hojarasca y flores, III**, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—**Cruz de oro y cruz de plomo**, por Raquel.—**Liberalismo casero, II**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**Espinas, hojarasca y flores, IV**, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—**¡Yo confesarme!** por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—**Cartas á un joven**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—**Nuestro modelo**, por id.—**El Sagrado Corazón de Jesús y las clases obreras**, por el Dr. don Francisco de P. Ribas y Servet.—**El Protestantismo en berlina**, libro I, por el P. Pío Mandata, de la Compañía de Jesús.

OPUSCULO PARA AGOSTO: El Protestantismo en berlina, libro II, por fd.

MEDITACIONES

Precioso libro que contiene en estilo claro, sencillo y adecuado á todas las capacidades, algunos centenares de meditaciones sobre la vida oculta, pública, paciente y gloriosa de Jesucristo, conteniendo un plan completo de instrucción espiritual y una verdadera exposición de todo lo contenido en los Santos Evangelios. Precede á las meditaciones una excelente explicación sobre los distintos modos de meditar, examen de conciencia y práctica de oír bien la Misa.

Libro utilísimo á las Comunidades religiosas, Casas de educación, Seminarios, Asociaciones de piedad y en general á todas aquellas almas dedicadas al santo ejercicio de la oración mental diaria, sin la cual es imposible dar un paso en la perfección.

Consta esta obra de tres tomos de más de 700 páginas, y se vende á 6 pesetas en rústica, y á 8'25 encuadernada en piel. Para los pedidos,

Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona.

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.